

Descubrir



Los psicoanalistas y la significación de lo inédito: Un mundo a descubrir



Jay Free



Edición de los Analistas en Formación
del IUSAM de APdeBA, n. 17, octubre 2022
ISSN 2408-4212

Devenir

Los psicoanalistas y la significación de lo inédito: un mundo a descubrir

Edición de los Analistas
en Formación del
IUSAM de APdeBA

Nº 16, Octubre de 2022
ISSN 2408-4212



© 2022, Revista Devenir
PUBLICACIÓN DEL CLAUSTRO DE ANALISTAS EN FORMACIÓN
DEL IUSAM DE APDEBA

Maure 1850, C1426CUH - Ciudad de Buenos Aires
Argentina
Tel. 54 11 4775-7867 / 7985

ISSN: 2408-4212

Se han efectuado los depósitos
que marca la legislación argentina

Las responsabilidades que pudieran derivarse de los artículos firmados
corren por cuenta de sus autores

La ilustración de cubierta pertenece a David Vonscheidt
<https://www.facebook.com/davike2611/>
<https://extirpandoimagenes.blogspot.com/>
instagram: Davike2611

Realización gráfica de interiores:
Cálamus

Montaje de tapa:
Ramiro Pazo

Se terminó de imprimir en noviembre de 2022
en Buenos Aires, Argentina

CLAUSTRO DE ANALISTAS EN FORMACIÓN DEL IUSAM DE APDeBA 2022

Presidencia

LIC. SANTIAGO CARBALLO

Secretaría

LIC. FERNANO PEREZ

Secretaría Científica

DRA. CECILIA GARCIA

DR. SERGIO FERNÁNDEZ SOTO

Relaciones Interinstitucionales IPSO / OCAL

LIC. LICILA LUSNICH

DRA. PAULA SASTRE

Tesorería

LIC. MARIANA FLINT

Representante en Centro Liberman

LIC. FLORENCIA PAGLIARO

Secretaría de Publicaciones

LIC. GERMÁN AUGUSTO MARTÍN

Colaborador

DR. BRUNO BUONSANTI

PRIMER EQUIPO EDITORIAL DE *DEVENIR*

LIC. DIANA S. DE ALCARAZ

LIC. CLARA LONDON

LIC. ALICIA THOMPSON DE BEISTAIN

COLABORADORES:

DRA. DIANA ZAC DE ROJTENBERG

LIC. JAIME MILLONCHIK

ÍNDICE

Editorial	9
Cortocircuitos	
<i>Mr. Kilombo</i>	13
Carta del Padrino	
<i>Dr. Raúl E. Levín</i>	15
Carta de la Madrina	
<i>Dra. Cecilia Sinay Millonschik</i>	19

SECCIÓN I

Los psicoanalistas y la significación de lo inédito: Un mundo a Descubrir.

Lo inédito en el proceso adolescente	
<i>Lic. Santiago Carballo</i>	23
El psicoanálisis en los tiempos de lo incierto	
<i>Lic. Fernando Pérez</i>	31
Metáforas de lo infantil	
<i>Marco Antonio Negrón</i>	37

¿Cómo nos reencontramos? <i>Lic. Florencia Pagliaro y Lic. Lucila Lusnich</i>	45
Historias mínimas del exilio <i>Lic. Mariana Flint y Lic. Jesús García-Vizcaíno.....</i>	53
Envidia y gratitud, una mirada clínica <i>Lic. Germán Augusto Martín.....</i>	64

SECCIÓN II

Lo novedoso y lo continúa.

Una mirada de analistas invitados.

Concluyendo la formación psicoanalítica (siempre inacabada o inconclusa): ¿una despedida? <i>Lic. Melina Perea y Dra. Diana Poblete</i> <i>Grupo de Estudio Psicoanalítico San Luis</i>	73
Devenir <i>Grupo de Estudio Siendo Psicoanalistas</i> <i>Coordinadora: Dra. Clara Nemas;</i> <i>Integrantes: Cristiana Coelho; Graciela de</i> <i>Luján García; Juan Manuel Landín; Susana Merlo;</i> <i>Nancy Moreno Dueñas; María Pistani (SAP);</i> <i>Marina Reizes y Carolina Villavicencio Nava</i>	81

EDITORIAL

Equipo Editorial Revista Devenir 2022

Lic. Germán Augusto Martín

Lic. Santiago Carballo

Lic. Fernando Perez

Lic. Florencia Pagliaro

Lic. Lucila Lusnich

Dra. Sastre Paula

Lic. Mariana Flint

Dr. Bruno Buonsanti

Este año tenemos la alegría de presentar una nueva edición de la *Revista Devenir*, con la particularidad de un cambio de equipo editorial, pero con las mismas ganas de mantener este legado que nos fue dado, así como las distintas actividades organizadas por los analistas en formación.

Nos encontramos nuevamente en la presencialidad, conociendo a nuestros compañeros de formación, intercambiando, volviendo a realizar actividades personalmente e intentando participar activamente también dentro de la institución a la que aspiramos pertenecer finalizada nuestra formación.

Partiendo de la revista del año anterior, “Abriendo caminos a la deriva”, donde la incertidumbre y el miedo por la pandemia nos llevaron a buscar caminos nuevos y, muchas veces, sin

un rumbo claro, esperamos en esta oportunidad haber llegado a algún puerto, a un nuevo mundo por descubrir, donde esto inédito haya podido ser significado.

El título de esta edición acompaña al acuñado por el Simposio Internacional Anual de APdeBA: “Los psicoanalistas y la significación de lo inédito: un mundo a reparar” con una pequeña modificación en el subtítulo del mismo que refleje la mirada que tratamos de plasmar en este volumen: “Los psicoanalistas y la significación de lo inédito: un mundo a descubrir”, con la intención de complementar la mirada que creemos se trató de plasmar en el Simposio respecto al mundo externo y todo lo que se vivió en relación a la pandemia, con una mirada al mundo interno de las personas y al descubrimiento del mismo. La tapa nos muestra una hermosa escena en la cual una paciente comienza a descubrir su mundo interno, situación favorecida por nuestra tarea y que no solo permite un enriquecimiento del paciente, sino también nuestro, el cual consideramos constante. Además, hace referencia a uno de los pilares de nuestra formación, el análisis personal, el cual nos permite conocernos mejor a nosotros mismos.

Nuevamente, el diseño de la tapa estuvo a cargo del dibujante David Vonscheidt, quien aceptó realizar la portada y reunirse con nosotros para pensar juntos sobre la misma. Agradecemos enormemente su tiempo y el gran trabajo que consideramos realizó.

La música de apertura para la presentación de la revista este año será “Cortocircuitos” de Mr. Kilombo, debido a la similitud de su letra con lo que pensamos en relación al título de este año y al diseño de la portada, letra que podrán leer seguida a esta carta.

Hablando de un mundo a descubrir, este año nos vimos, como nuevo claustro, descubriendo un mundo nuevo para nosotros, no solo en nuestra posición de analistas en formación, sino como futuros miembros de APdeBA. Fue algo novedoso encontrarnos en reuniones con los directivos tanto del IUSaM como de APdeBA, quienes cálidamente nos incluyeron y compartieron ideas con nosotros, haciéndonos partícipes de distintas actividades institucionales.

Celebramos la posibilidad de retornar a cierta presencialidad con algunas actividades, permitiéndonos realizar nuevamente el “Contrapuntos”, actividad que se realiza y sostiene desde hace 6 años, el cual pudimos realizar presencialmente, manteniendo ese clima de cordialidad e intercambio que lo caracteriza, permitiendo observar el material presentado por un analista en formación desde la mirada de dos analistas con distintos marcos teóricos psicoanalíticos. También tuvimos el placer y la posibilidad de sumar a la Biblioteca al mismo con un programa de donaciones a los analistas en formación que venimos pensando en conjunto y llevándolo a cabo en lo que va de este 2022.

Otra actividad novedosa en este 2022 son las pasantías con alumnos avanzados de la carrera de Psicología, quienes tienen la posibilidad de participar con analistas en formación y, en algunas oportunidades, con analistas didactas de la institución a fin de acercarnos a ellos y fomentar el interés por el psicoanálisis y APdeBA.

Queremos agradecer también a nuestros padrinos, Raúl Levín y Cecilia Sinay, quienes como siempre enviaron sus cartas y se mostraron predisuestos al diálogo para pensar juntos en este hermoso proyecto.

Para finalizar, y no por ello menos importante, nos encontramos con la grata sorpresa de conocer a una de las fundadoras de nuestra querida revista *Devenir*, la Lic. London, Clara, quien nos contó sobre sus inicios, como un desafío que comenzó circulando por las madrugadas y el café, fue entrando en algunos pensamientos y haciéndose lugar en el deseo, en un principio inalcanzable, pero que fue finalmente aceptado y cobró fuerzas hasta transformarse en un proyecto. Proyecto que, finalmente, se hizo acto. Con alegría vemos que ese proyecto que comenzó a gestarse tímidamente continúa hoy vigente, y esperamos que siga así por muchos años más, ya que es un espacio invaluable para los analistas en formación.

CORTOCIRCUITOS

Mr. Kilombo

Llenamos la piel con nuestras experiencias,
Cargamos el coco de conocimientos
Nos dicen que no hagamos lo que nos gusta
y lo hacemos de todas maneras
Miramos curiosos y llenos de dudas
y nos enrolamos en causas perdidas
nos enamoramos de quien no debemos
nos va complicarnos la vida

Y somos la suma de muchos factores
los besos que damos en los aeropuertos
queremos mentirle a nuestros corazones
y hay cortocircuitos internos
Y electricidad, ráfagas de luz
Somos un viaje, un continuo movimiento
Una tempestad, una revolución
un punto minúsculo en mitad del universo
Y electricidad, ráfagas de luz,
Somos un viaje, un continuo movimiento,
Una tempestad, una revolución,
un punto minúsculo en mitad del universo
Salimos ilesos de todos los charcos
y nos tatuamos con las cicatrices
pasamos las horas mirando al ombligo

y nos damos cuenta de repente
Nos cambian el mundo con una mirada
nos aficionamos a lo impredecible
nos cuesta un horror decirnos las verdades
y nos ponemos colorados

y vemos que el tiempo no pasa en balde
queremos expresar cada microsegundo
nos entran las prisas, nos aceleramos
y hay cortocircuitos internos
Y electricidad, ráfagas de luz
Somos un viaje, un continuo movimiento
Una tempestad, una revolución
un punto minúsculo en mitad del universo
Y electricidad, ráfagas de luz
Somos un viaje, un continuo movimiento
Una tempestad, una revolución
un punto minúsculo en mitad del universo
Sale de la voz un canto irracional
somos un misterio y pasa un vendaval
vuelo sin motor, dejarse llevar.
Y electricidad, ráfagas de luz
Somos un viaje, un continuo movimiento
Una tempestad, una revolución
un punto minúsculo en mitad del universo
Y electricidad, ráfagas de luz
Somos un viaje, un continuo movimiento
Una tempestad, una revolución
un punto minúsculo en mitad del universo

CARTA DEL PADRINO

Dr. Raúl E. Levín

“Lo inédito” y “lo indecible”

Lo inédito, aun cuando está dentro del campo de la palabra, refiere a un fragmento del discurso que puede ser desconocido. El ejemplo paradigmático que ilustra esta cuestión, es el de alguien que ha escrito un texto y no lo da a conocer. Se trata de un texto no editado, inédito. No hay lector que no sea el que lo gestó.

A muchos hechos de la realidad que por lo sorprendidos nos afectan desprevénidos los experimentamos como inéditos, hasta que gradualmente desde diversas posiciones de la cultura son incorporados a un saber y a una posibilidad de representación.

Recientemente hemos vivido la inesperada aparición de una pandemia, que por lo sorprendente, fue experimentada como un trauma. Sin embargo rápidamente la cultura, partiendo de la ciencia y de la historia tanto como de las elaboraciones personales de una población que estuvo de alguna u otra manera afectada, fue aportando hipótesis, resultados científicos, toda clase de información que ha podido incluir este fenómeno tan destructivo desde múltiples puntos de vista en la red del conocimiento y el saber. No quiero decir que el tema esté concluido. Pero estamos abocados a evaluar los daños que ha provocado, así como también su incidencia en la realidad social y política del devenir de la sociedad.

El lenguaje entonces se dirige hacia una posible contextualización que incorpora el fenómeno a una cadena de sentido.

A diferencia de “lo inédito”, lo “indecible” está más allá de la palabra y de los alcances del lenguaje. Sin embargo condiciona sustancialmente al sujeto. Refiere a fenómenos que inciden en la teoría y la clínica (y por ende en lo social) y en su dificultad de “ser dichos” son el campo más complejo al que se dirige el saber del psicoanálisis. Aun en la imposibilidad de que no sean abarcados en el lenguaje, son la fuente de un condicionamiento del sujeto a los hechos que más lo afectan. Es un tema que aun en su imposibilidad, no puede eludirse.

Lo indecible, entonces, está desprovisto de palabra.

El psicoanálisis es un intento imposible de dar alcance en términos de lenguaje a aquello central que lo define. En la teoría psicoanalítica es aludido como lo inconciente incapaz de conciencia. Aloja los contenidos más desconocidos y determinantes en la constitución del sujeto humano.

Entre sus efectos puede incluirse el tema de la agresividad inherente a lo humano, ante la que los recursos aunque fuera para atenuarla, parecen tan ineficaces.

Tal como en la poesía, los psicoanalistas intentamos ampliar, extender y relacionar el sentido de las palabras hasta extremar sus límites en un intento –siempre fallido– de incorporar lo inconciente (y lo pulsional) a una dinámica metapsicológica cada vez más fluida y enriquecedora.

Los efectos en el paciente serán significativos pero no suficientes.

La pulsión de muerte puede ser acotada pero nunca su-

primida. Demasiadas muestras de la destructividad humana a lo largo de la historia dan cuenta de que esto es así.

Quisiera citar brevemente una frase de Theodor Adorno. Si bien está referida a la terminología filosófica, la hago mía en relación al psicoanálisis: "...la Filosofía es el esfuerzo permanente y desesperado de decir lo que no puede propiamente decirse". "En esto consiste el que en la Filosofía misma, si no quiere estancarse en esa paradoja, está inscrito el decir lo que no puede propiamente decir, el momento de la contradicción en movimiento, progreso y desarrollo. Y esta contradicción radica en el impulso de querer alcanzar con el concepto lo no conceptual, con el lenguaje lo no decible mediante el lenguaje".

A pesar de su imposibilidad, el psicoanálisis no cesa en el intento de dar respuesta al desafío de lo pulsional que circula como indecible, de efectos deletéreos en el devenir de la vida humana.

Es un desafío que no cesa.

Como Padrino de la revista *Devenir*, acompaño y felicito a su Comité de Redacción por brindar esta posibilidad de que los autores puedan editar sus escritos acerca de estos y otros temas relacionados.

CARTA DE LA MADRINA

Cecilia Sinay Millonschik

Porque sí. Porque un día se desordenó todo por el aire. Porque la rutina, hada tramposa que nos hace confiar en que mañana será igual que hoy, hizo mutis por el foro.

Porque la Pandemia, porque mañana íbamos a celebrar con la familia, porque la pantalla mostró al Presidente diciendo que no, que mañana no nos juntábamos nadie con nadie.

Cada Robinson armó su isla como pudo y los patos del laguito del Planetario caminando por Libertador.

No fue la primera peste. Desde que somos Sapiens viene sucediendo. Y tal vez antes. Y quizás después. ¿O un día nos extinguiremos como los dinosaurios? ¿Por obra nuestra o caerá del Cielo? ¿Los dinosaurios habrán creído que ese meteorito era un dinosaurio petrificado que volvía de un viaje para arriba?

Si uno no se empeña en explicarlo se da de boca con el misterio. Pero si uno se da de boca con el misterio, corre a explicarlo.

Mi papá era ruso, aunque había nacido en Ucrania. Tanto, que cuando vino a América, los chicos –si se peleaban– le gritaban: “Rusito de mierda”. Y ahora Ucrania y Rusia se están matando y rompiendo todo para dejar en claro de quién es cada pedacito del Planeta. El Covid fue más vivo. No tuvo fronteras. ¿Y aprendimos algo? Ojalá. No parece.

Igual, hay que decir que, rápidos de reflejos, hicimos las vacunas. Algunos nos las pusimos. Otros decían que eran las

vacunas lo que envenenaba. Otra vez la historia del meteorito. Unos creen que lo hicimos nosotros, por no respetar la Naturaleza. Otros creen que nos cayó del Cielo y deberíamos hacer algo para impedirlo. Lo que parece claro es que todos necesitamos explicarlo, creer que sabemos y dejar así latiendo la llamita de que habrá un mañana. Que, probablemente, ya no será igual. Pero mañana al fin. Ahora sabiendo en carne propia que puede pasar. Que, en cualquier momento, puede volver a pasar. Siempre lo supimos, pero en carne propia es otra cosa. Por eso, quizás, se nos desbarataron algunos órdenes que habíamos sabido conseguir. Supongo que ya vamos construyendo otros.

Y ahora, con esta “nueva normalidad”, seguimos intentando. Messi sigue haciendo goles y nosotros seguimos tratando de ponerle palabras a lo de afuera y a lo de adentro. Con los pies o con la cabeza, tratamos de armar Cosmos en el Caos de este humano cambalache.

Nosotros, como Scherezade, contando cuentos en medio del terror. Es lo que mejor sabemos hacer. Por Sapiens y por Psicoanalistas. Y tal vez esté bien que eso sea lo que seguimos haciendo.

Como esta *Devenir*, que asoma otra vez como si acá no hubiera pasado nada.

Y otra vez la Carta de la Madrina.



SECCIÓN I

LOS PSICOANALISTAS Y
LA SIGNIFICACIÓN DE
LO INÉDITO:
UN MUNDO A DESCUBRIR.

LO INÉDITO EN EL PROCESO ADOLESCENTE

Lic. Santiago Carballo

Introducción

En “Tres ensayos sobre una teoría sexual” Freud refiere la existencia de una sexualidad infantil, que actúa desde el comienzo de la vida, es hiperintensa y deja profundas marcas en la vida anímica de los seres humanos. Se desarrolla de forma gradual y paulatina y carece de las características adultas. Además, tiene características pregenitales, habiendo un predominio de zona erógenas que buscan el placer de diversas maneras. En esta etapa hay una inmadurez subjetiva y física, la cual llevara alrededor del quinto o sexto año de vida a que estas mociones sexuales sean sofocadas y apartadas de nuestra conciencia, entrando en un periodo de amnesia. A este periodo se lo denomina como “Latencia”, y tiene su origen en la declinación del complejo de Edipo, donde la represión se intensifica y hay una transformación de las catexias objetales en identificaciones con los padres y en sublimaciones. Aparecen los sentimientos de pudor, asco, y aspiraciones morales y estéticas.

La pubertad es un periodo en el cual se produce un salto significativo en el proceso de evolución psicofísica de la persona. En esta etapa evolutiva se abandonan las características infantiles del cuerpo biológico para dar lugar a la conformación adulta del mismo. Viene acompañado por grandes hitos evolutivos como la maduración de los órganos genitales, cambios

que producen efectos en el aparato psíquico. Todo lo que en la infancia era una potencialidad, en este momento se vuelve real, inaugurando un proceso inédito, en el que lo fantaseado puede llegar a hacerse posible. La adolescencia es un estado mental que ayudará a procesar y elaborar el advenimiento inédito de la posibilidad biológica. Creando un nuevo cuerpo, una nueva identidad, una nueva posición subjetiva.

La pubertad: de la desorganización a la elaboración de lo perdido

Sigmund Freud (1905) dirá que a partir de la pubertad advendrán los cambios donde se hará el pasaje de una vida sexual infantil a su desarrollo adolescente. En este pasaje se experimentan tres cambios cruciales: subordinación de la pregenitalidad a la genitalidad, la consideración e interés por nuevos objetos sexuales, y el inicio a la salida exogámica. Por otra parte, Asbed Aryan (2005) piensa que la eclosión puberal puede despertar angustias vinculadas a las experiencias sensoriales ligadas a la percepción del propio cuerpo. Los cambios corporales serán percibidos como traumáticos y desorganizantes. La pubertad despierta en el aparato mental un proceso de reacomodamiento y reorganización.

Arminda Aberastury y Mauricio Knobel (1971) definen a la adolescencia como una etapa de la vida donde se debiera ir estableciendo la identidad adulta, que será erigida sobre las primeras relaciones objetales-parentales internas, poniéndose a prueba con la realidad que los vínculos sociales demandan y ofrecen. Todo este proceso está acompañado por cambios físicos que tienden a la estabilidad de la personalidad en su plano genital. Estos autores dirán, al igual que Asbed Aryan posteriormente,

que el adolescente realiza tres duelos fundamentales: duelo por el cuerpo infantil perdido; duelo por el rol y la identidad infantil; y duelo por los padres de la infancia (Asbed; 2009, Aberastury y Knobel; 1971). Estos duelos darán lugar a lo nuevo, creando un pasaje hacia lo inédito que da el proceso adolescente.

Pasado y futuro: lo nuevo

Por otra parte, para Louise Kaplan (1986) habrá en el aparato psíquico una tensión entre el futuro y el pasado debido a lo que desencadena la pubertad. En esta etapa se debieran abandonar los anhelos inconscientes que anteriormente estaban dirigidos hacia los padres, despojando a estos de las idealizaciones infantiles de las cuales estaban provistos. Aparece una experiencia subjetiva y objetiva novedosa; el cuerpo tiene la posibilidad de concretar sus fantasías y prácticas sexuales, diferenciándose cualitativamente con el autoerotismo en su época infantil. El adolescente debiera elegir un objeto sexual exogámico para no caer en la amenaza de realizar las fantasías edípicas inconscientes.

Además, habrá un nuevo reordenamiento del narcisismo, reactivándose condiciones similares a las fuentes originales: la libido se centrará en el propio cuerpo en un intento de apropiación, la autoestima se regulará mediante las identificaciones con los seres idealizados y su amortiguación hacia la progresión de una identidad propia.

La sexualidad y la adolescencia

La sexualidad humana está compuesta por múltiples determinantes que convergen y la definen: instintivo/biológicos, socio-

lógicos, antropológicos y psíquicos. La multideterminación de la sexualidad produce que haya distintos modos de ser elaborada según el género, y lo pensamos hoy día según la época.

Helen Deutsch (1952) en su libro *La psicología de la mujer* explora las diferentes etapas del desarrollo psíquico focalizándose en el género femenino. Para ella la formación de la personalidad del adolescente es producto de una identificación con sus padres. En la medida que buscan nuevas posibilidades de identificación irán rechazando en su aparato mental a los padres como objetos. En este periodo se relacionan con los objetos fantaseados de manera narcisista. El yo juvenil de la muchacha se derrumba con frecuencia bajo el peso de las exigencias de su superyó, en especial en las arremetidas de las nuevas necesidades sexuales que amenazan por imponerse. Estas exigencias son acompañadas con sentimiento de culpa y pueden presentarse fácilmente trastornos neuróticos que se manifiestan en diversos síntomas, particularmente como dificultades caracterológicas. Las fantasías amorosas se pueblan de autosatisfacciones narcisistas y se producen esfuerzos mentales que dan nuevos rasgos al cuadro psicológico de la adolescencia. En otras palabras, habrá un contraste entre el empobrecimiento de los objetos amados reales con la sobre-dimensionada intensidad subjetiva de todas las experiencias que se están empezando a vivir.

Esta autora dirá que la tarea de la adolescente es pasar de la fase del narcisismo tan intenso a las relaciones con el objeto exogámico. Esto debe desarrollarse de manera progrediente y en contra de las fuerzas regresivas. Como la muchacha púber no tiene una salida adecuada en la realidad, puede evitar los peligros externos; esto puede provocar otra amenaza, el de una sexualización regresiva de las relaciones afectivas antiguas.

Un nuevo mundo: el mundo adolescente

Meltzer (1971) dirá que en el mundo adolescente hay un pasaje de la disociación hacia la integración. En el periodo de la latencia en el mundo interno hay una gran disociación donde las representaciones sexuales pierden ese carácter, produciendo que la sexualidad, que fue tan efervescente en la infancia temprana, caiga dentro de un aletargamiento. En la pubertad estas representaciones se renuevan, llenándose de imágenes plásticas como asociándose a personajes reales, enriqueciéndose con las sustancias que anteriormente disoció. El lugar de las representaciones es revisitado por una actualización demandada por el cuerpo y las pulsiones. Esto provoca que el mundo interno del adolescente empiece a externalizarse en la vida grupal.

Para Meltzer (1971) en la adolescencia se abandonan restricciones impuestas por la latencia. A partir de formaciones psíquicas nuevas se incorporan objetos que están por fuera del entorno familiar. Las organizaciones isosexuales que se producen en la pandilla puberal facilitarán este quiebre, promoviendo así la adquisición de la potencia heterosexual. En otras palabras, los mismos montos de energía sexual que destruyen las estructuras latentes promoverán la sed de objetos de la pubertad y de la adolescencia. Esto se hace crucial para entender el nuevo despertar de la sexualidad en este periodo de la vida. En caso de no ocurrir puede que el adolescente empiece a atravesar esta transición de manera endogámica, sin lograr una genuina salida. La experiencia de identidad es producto del vínculo del mundo de los objetos internos y externos, y las leyes que provienen de la realidad.

El concepto de identidad está acompañado por facetas caracterológicas y también por imago corporales. Esto debe

ser entendido en un todo como una suma de estados mentales. En este sentido, se puede pensar que la adolescencia puede persistir si no es abandonada ya sea por progresión o regresión. En los dos caminos que se pueden tomar pueden regresar hasta la latencia (tendiendo a la disociación) o hacia la organización adulta.

Conclusión

Como observamos, los cambios surgidos por la experiencia puberal son vividos como traumáticos y desorganizantes. Esto dará lugar a una etapa inédita que generará un reordenamiento subjetivo, surgiendo una nueva identidad, camino hacia el mundo adulto. El adolescente realizará tres duelos: por el cuerpo infantil perdido; por el rol y la identidad infantil; y por los padres de la infancia; en otras palabras va a elaborar lo perdido de su pasado subjetivo. Estas elaboraciones cambiarán la forma en que los jóvenes se vinculan con sí mismos y con los otros, reforzando los cimientos de su mundo subjetivo. Lo inédito hará que el pasado se transforme para dirigirse hacia el futuro.

Bibliografía

- Aberastury, A. Knobel, M. (1971). *La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico*. Paidós. Buenos Aires. 1991.
- Aryan, A.: Aportes para una comprensión de la experiencia puberal. *Revista de Psicoanálisis de SPPA*, Tomo XII, n. 1, 2005.
- Deutsch, H. (1952). *La psicología de la mujer*. Losada, Buenos Aires, 1952, pp. 33; 95-145.
- Freud, S.: Tres ensayos de teoría sexual (1905). *Obras Completas*. Amorrortu, Buenos Aires, 1985.

Meltzer, D. (1974). *Estados sexuales de la mente*. Spatia, Buenos Aires. 2011. pp. 51-73

Kaplan, L. (1986). *Adolescencia: El adiós a la infancia* Paidós, Barcelona, 1996.

EL PSICOANÁLISIS EN LOS TIEMPOS DE LO INCIERTO

Lic. Fernando Pérez

Frente a la certeza de lo incierto

Introducción

La noción de *incierto* dispara distintas posibilidades de abordaje en cuanto a su significado y lo que podamos decir de ella. El contexto, de una manera u otra es un condimento ineludible en su intento de aproximación. La expresión propia del estructuralismo francés que sostiene la idea de que un significante significa en relación a otro significante, podría ser tomada en cierta analogía si considerásemos los términos *incierto* y *pandemia*, nociones que a partir de los sucesos recientemente acontecidos entran en una proximidad sin antecedentes inmediatos en nuestra era.

El sentido al cual este término alude, o por lo menos al que uno acostumbraba a atribuir, se vio desbordado por la experiencia de lo acontecido y de su impacto en nuestro registro experiencial. La inmediatez con la que hubo que responder internamente a la inmensidad de modificaciones forzadas de nuestros hábitos llevó también a la incertidumbre de ese supuesto control del porvenir que conecta en una secuencia, más o menos ordenada, la noción de efecto y causa en nuestra cotidianidad.

Incertidumbre y psicoanálisis

No deja de asombrarme la recurrencia que encuentro en distintas jornadas, eventos, simposios, o actividades en el marco del psicoanálisis, sean nombradas con términos que aluden a algo de lo impensado, lo traumático, lo irrepresentable, o de aquello que por su propia fuerza e imprevisibilidad nos atraviesa de una manera u otra. El intento de ligar la experiencia con nuestra posibilidad representacional aparece también aquí en los cuerpos institucionales, en donde lo instituido también fue atravesado por este impacto que hizo temblar sus propios cimientos llevando a cuestionar lo que hasta allí había funcionado de determinada manera. *¿No es acaso un intento elaborativo institucional sobre nuestro quehacer profesional a partir del movimiento de nuestras bases rectoras?*

El adaptarse al acontecimiento dio lugar a nuevas formas hasta entonces no incluidas y hasta rechazadas, hecho que en su transcurrir abrió nuevos interrogantes entre lo que había y lo que advendrá.

Este texto mismo, e imagino cualquier texto que pueda llegar a nuestras manos, contó en gran parte de su producción, con las cualidades de lo incierto, en tanto tal a priori lo único que puede conocerse de él es que no se sabe cómo devendrá, sino que deberá ser descubierto.

Mientras buscaba diferentes definiciones del término incierto me encontré con una de ellas que llamó particularmente mi atención, en esta leí: *“Que es desconocido y se percibe como negativo. Porvenir incierto”*.

“Se percibe como negativo”, ¿Qué más claro que esto para describir una sensación casi común en relación a la incerteza de estos movimientos? ¿A qué responde que aquello

que escapa a nuestro control, a nuestro hábito, se perciba como negativo?

A lo largo de la historia hemos podido observar las resistencias con que contaron distintos eruditos en sus respectivas prácticas y descubrimientos. Las revoluciones paradigmáticas no fueron tales sin ser en su transcurso percibidas como negativas. La idea de certeza, como contraparte de la idea que venimos desarrollando, evidencia cierta tendencia al sostenimiento de lo conocido como medio o plataforma desde donde observamos nuestro mundo, pareciera que todo aquello que se corre de nuestra posibilidad de control despierta una serie de ansiedades que ponen en movimiento nuestras defensas llevándonos a cierto estado de alerta.

La cualidad de haber vivenciado un evento de carácter global, pasó a ser para la mayoría de los habitantes de nuestro mundo una primera experiencia con características de este tipo, es decir, que un mismo fenómeno nos impacte de manera unísona y compartida en los distintos hemisferios del planeta. El propio mundo del psicoanálisis se vio atravesado por dicho evento. Su carácter formal, encuadre, institutos de formación y dogmas que se sostienen desde los orígenes de su conformación, pasaron a estar interpelados en lo más interno de sus entrañas. Todos nos vimos llevados a adaptarnos a una nueva modalidad que se impuso de por sí. *¿Cómo pensar el psicoanálisis allí?*

Particularmente considero necesario como primera medida diferenciar lo que los psicoanalistas tenemos y tendemos a sostener como bastiones argumentales que otorgan valía a nuestro quehacer. Me refiero al conjunto de teorías, experiencias y técnicas, estas últimas derivadas de las primeras, que se vieron en tensión respecto a lo establecido al momento.

¿Diferenciarlo de qué? En mi humilde entender, del psicoanálisis mismo.

El atravesamiento de un proceso psicoanalítico nos enseña que, si hay un fenómeno que por su propia naturaleza se impone, es el de lo incierto respecto al camino que este puede ir tomando. La multiplicidad y riqueza de lo inconsciente y pulsional puja por sí mismo, vaya a saber uno a dónde. El modo en como damos lugar a esto demarcará seguramente la forma que irá tomando. El efecto globalizante que en nuestra época actual pasan a tener ciertos hechos nos pone frente a una novedosa situación que desafía nuestros saberes y zonas de movimiento.

El psicoanálisis se ha ido constituyendo a partir de su propio objeto de estudio y el método de aproximación a este. La resultante dialógica entre ellos se amplía en la medida en que pueda darse lugar al ámbito del pensar, entendiendo este último como la capacidad de dar lugar a la idea e inclusión de lo incierto como posibilidad sin imponerle las restricciones de nuestras certezas.

En alguna que otra ocasión me he encontrado con la dificultad de responder a una pregunta que en su sencillez oculta su complejidad, *¿Qué es el psicoanálisis?*

Sería difícil poder dar una respuesta unívoca y concordante a cualquier lector psicoanalista que se encuentre con ella, seguramente esta dependerá de la propia experiencia e idea de quien tenga algo que decir sobre esto. Entiendo que la respuesta posible a esta pregunta seguramente diferirá entre lo que se pueda esbozar de ella, en términos comprensibles para un otro, y lo que nosotros podamos entender que esta supone. Por mi parte entiendo que la amplitud que el psicoanálisis

evoca traspasa la descripción que su cuerpo teórico describe. El desarrollo de la teoría freudiana nos enseña cómo los mismos conceptos sostenidos y argumentados en un momento pasan a estar en cuestión en otro, hecho absolutamente fundamental para el desarrollo de la teoría misma. Este espíritu crítico, propio de un investigador, nos dio la posibilidad de que hoy, un siglo después, sigamos aprendiendo incluso con asombro por la actualidad de sus descripciones.

Asombro que no sería tal sin la agudeza de su inventor y sin la aventurada aproximación hacia lo incierto. Freud incurrió en terrenos desconocidos, no solo en la teoría misma, sino, y este es a mi criterio uno de sus elementos más valorables, tuvo el valor de navegar en aguas tumultuosas en las que nadie se atrevía a explorar. Como buen explorador, hoy seguimos enriqueciéndonos del valor de sus descubrimientos.

Los psicoanalistas somos investigadores. Cada sesión es una situación única e irrepetible en donde las mareas transferenceales se hacen presente invocando una serie de eventualidades frente a las cuales respondemos a partir de nuestro bagaje teórico/técnico sin saber con certeza a dónde esto puede conducir. ¿Dirigimos una cura? O acaso, como recientemente leía de H. Etchegoyen, nos enseña a pensar preguntándose *¿Quién se atreve a decir en el psicoanálisis qué es una cura?*

De esta última cuestión rescato el valor implícito de la pregunta. Me atrevo a decir que el analista mencionado podría darnos muchísimo material para responder a la pregunta, o mismo responderla él, así no obstante en su intelección posiblemente dé a entender la complejidad con la cual nos encontramos en el terreno del psicoanálisis. Si hay algo de cierto aquí es lo incierto de su recorrido mismo.

El psicoanálisis y la imprevisibilidad de su proceso

El analista en formación comienza un camino que a priori tiene parámetros observables, materias, supervisiones, análisis didácticos, una serie de requisitos previsible que enmarcan las pautas y normas a seguir para el desarrollo y constitución de un psicoanalista. En el recorrido mismo, la experiencia con la cual nos encontramos es con la de lo “*incierto*”. Nuestro análisis, la vivencia institucional, las relaciones interpersonales demarcan un conjunto de situaciones novedosas en sí mismas siendo estas la expresión o resultante de lo incierto y no por ello, negativo. El margen o brecha que se da entre el acontecimiento y la necesidad desprendida de este es un contante motor de desarrollo a partir de la aprehensión de la experiencia. Si la certeza del suceder fuera previsible, como a veces se nos quiere hacer creer en distintos ámbitos, no quedaría mucho lugar para la inventiva y la particularidad.

En mi parecer, el psicoanálisis y el psicoanalista son un organismo vivo e indivisible en el cual el uno compone al otro. ¿Acaso podría haber psicoanálisis sin psicoanalista o psicoanalista sin psicoanálisis?

Tal vez este último punto me anima a pensar que todas las modificaciones pertinentes a los encuadres, a las formas o experiencias frente a las cuales nos vimos en primera instancia sometidos, puedan ser hoy incluidas en el organismo del psicoanálisis. El valor de poder pensar en sus términos, teniendo como premisas los baluartes teóricos, no solo se adapta a los nuevos modelos impuestos por las épocas o contextos, sino que habilita la posibilidad de aproximarnos a otros estratos y desde otros modos a la dimensión de lo humano. Siempre que se priorice el pensar psicoanalítico en el quehacer frente a la

novedad, la amplitud del campo de conocimiento y de posibilidades por conocer tendrá mayor posibilidad de recepción y captación de los fenómenos puestos allí en juego. Será esto parte de nuestra tarea como psicoanalistas, en donde no ejerzamos la mera reproducción de un supuesto saber o quehacer, sino que nos dejemos interpelar por las complejidades de lo humano, eslabón desde el cual ese organismo llamado psicoanálisis podrá nutrirse y enriquecernos como psicoanalistas.

METÁFORAS DE LO INFANTIL

Marco Antonio Negrón

La infancia nos aparece inquietante; aflora desde dentro e irrumpe en los sentidos. Con frecuencia podemos hablar espontáneamente del niño como un objeto de asombro, embellecido e idealizado habitualmente, a veces retratado poéticamente en su fragilidad y otras tantas bajo la despreciable y recurrente lupa desfigurante. No olvidemos que una parte importante de psicoanalistas se han arrimado a la observación de bebés recién nacidos con el propósito de aprenderlo todo sobre el desarrollo psíquico temprano. Una larga tradición aún presente se ha apropiado incluso de las cualidades observables del infante y hasta han deducido y descrito de ahí las posiciones que este asume como efecto de sus ansiedades tempranas y sobre las cuales la vida se determina. También está la terapia y el análisis de niños desprendido de este *posicionarse*. Mientras que la infancia, más allá de una conceptualización convencionalmente efímera y contingente, nos reconduce a lo más íntimo de la propia experiencia, y por qué no decirlo, a lo traumático en tanto experiencia fulgurante. Efectivamente, somos víctimas afortunadas de la amnesia infantil, y con ello la pérdida de casi todo registro consciente de la propia existencia, pero jamás de sus consecuencias perturbadoras. La mirada es engañosa, y mientras nos agasajamos con el espectáculo bufonesco del niño, de sus risotadas y nos quejamos de sus berrinches, se vela definitivamente la propia experiencia infantil, y como en la densa niebla de la noche oscura nos hace temblar las carnes.

La infancia es siempre retrospectiva y evoca la caducidad del cuerpo, la melancolía. No es casualidad que Freud erigiera su teoría en torno al concepto de represión (*Verdrängung*), pues precisamente para representar lo precariamente desalojado, expulsado, suplantado y dislocado en la conciencia, en una insistente metáfora bélica de fuerzas en oposición que determinan el funcionamiento del aparato anímico. Nadie está en condiciones de desasirse del espíritu de sus tiempos, de pensar por fuera de sus circunstancias y, lejos de aquello, Freud rinde tributos al saber científico de su época pero ante todo instala la escandalosa verdad de su hombre (y antes que todo de su mujer): el sujeto de lo inconsciente y la sexualidad infantil. ¿Pero cómo, no se trata de uno mismo acaso? ¿Qué fuerzas diabólicas conspiran incesantemente para disipar los tan preciados años de infancia e inocencia? La respuesta freudiana es fulminante: lo olvidado se actúa, adquiriendo así una actualidad tormentosa y una cualidad indescifrable.

Ahora bien, ¿cómo es que la infancia la concebimos e interpretamos siempre como un intento fallido de clausura del sentido?, ¿Por qué razones volvemos sobre esta con el afán de encontrar respuestas a la tragedia humana?, ¿Qué esconde y se nos vela de manera tal que recurrimos a ella en todas las formas posibles? En la historia de la humanidad y del pensamiento encontramos las más variadas conceptualizaciones de la infancia y del niño. Historia en la que también se inscribe el viejo filósofo pesimista, pregonero de la *promesa de un tiempo del niño*: Nietzsche nos incita a pensar un momento del niño en la fábula y los discursos públicos de su Zaratustra. Las tres transformaciones del espíritu en el camino hacia el superhombre vocifera su héroe. También como el espíritu se transformó primero en camello, y el camello en león, y el león, por fin en niño.

Pregunta a viva voz: “¿qué es capaz de hacer el niño que ni siquiera el león ha sido capaz de hacer? ¿Por qué el león rapaz tiene que convertirse todavía en niño? Inocencia es el niño, y olvido, un nuevo comienzo, un juego, una rueda que se mueve por sí misma, un primer movimiento, un santo decir sí” (p. 33).

Le confiere al niño la capacidad de crear nuevos valores por la vía del juego, que el león no fue capaz de hacer y desde luego menos el camello. El león sólo puede ser señor en su propio desierto, y conquistar su libertad. Pero no se trata de libertad para Nietzsche; el superhombre se sofoca con libertad, va más allá y se compromete con la creación de nuevos valores que solo el niño puede. Es voluntad lo que busca el espíritu y la expansión de su energía creativa, que es patrimonio exclusivo del niño y su juego para conquistar su propio mundo de valores transmundanos. Ahora bien, si Nietzsche privilegia la metáfora del niño como creador de nuevos valores, en oposición al camello y el león, es precisamente porque se trata de un tiempo previo a todas las fuerzas moralizantes que enfrenta el espíritu en su devenir cultural, de un *ethos* civilizatorio e instituciones culturales que todo lo aplasta. El camello es un animal de carga, y carga con las más pesadas de todas: humillarse y hacer brillar la propia tontería, “alimentarse de bellotas y de hierbas del conocimiento y sufrir hambre en el alma por amor a la verdad” (p. 31).

Nos enfrentamos entonces al problema del sujeto y su conocimiento, en el sentido de su división estructurante entre el narcisismo y la elección de objeto, y todas las vicisitudes que esta dimensión abarca en sí misma: no se trata únicamente de las tendencias pulsionales y sus investiduras, pues Freud solo nos describe sus movimientos en un descubrimiento de

incalculable valor aún en la actualidad. Pero esta relación es inaugural en Freud, no olvidemos su referencia en el “Proyecto” al complejo del prójimo, en la medida de la incidencia de un otro semejante que constituye “el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador” (p. 376). Semejante asimétrico de todos modos, que determina una naturaleza de elementos de poder desigual, varones y mujeres, padres e hijos, vencedores y vencidos, amos y esclavos (1933, p. 189). Es precisamente el significado que adquiere la sexualidad infantil en la obra de Freud, no solo la de un conflicto intrapsíquico marcado por el acontecer de la relación del niño con la propia vivencia de la satisfacción repetitiva, sino más bien el rehusamiento de estímulos pulsionales, otrora parciales, a través del domeñamiento propiciado por las instituciones sociales permanentes como la familia o la escuela. De modo que el conflicto no está centrado en la forma tradicional de comprender el *Edipo* como una triada trágica que integra exclusivamente a los padres y el bebé, sino como lo sería toda una serie de relaciones sociales complejamente urdidas, que compone desde la nación y la lengua, pasando por la religión e ideología, hasta la disposición de vínculos cercanos con hermanos y otros familiares. Recordemos que Freud, en su 21° conferencia de introducción al psicoanálisis, nos advierte que el complejo infantil de Edipo “se amplía hasta convertirse en un complejo familiar cuando se suman *otros niños*” (p. 304). Se trata entonces de las fuerzas pulsionantes que se despliegan al interior del niño y otra fuente contrariante que frustra la satisfacción directa en esa relación inevitable establecida entre niños, entre auténticos semejantes. Es justamente a lo que se refiere cuando nos habla de la experiencia vital del niño, es decir, los sentimientos criminales e incestuosos en la fuente del

conflicto neurótico, pero también en la experiencia cultural de los pueblos primitivos. Así, la investigación sexual del niño suele estar anudada a esta experiencia de grupo y de familia como precipitado de la desgracia de Edipo: la infancia eterna y el retorno de lo reprimido.

Pasados los años desde que Freud inaugurara su ciencia y esta se desorientara en su travesía marítima hacia las nuevas naciones que la alojaran, se elevó una voz reclamando la necesidad de un retorno, un retorno igualmente desconcertante en sus consecuencias. De modo que Lacan, en sus “Dos notas sobre el niño” (1988), nos plantea una posición interesante al reconocer en “*el niño síntoma*” una posible respuesta, como un representante, de la verdad de la estructura familiar, en la misma dirección de un complejo familiar que trasciende la mera referencia mitológica de un triángulo objetal eróticamente clausurado. Reconoce que hay dos variantes en que se juega esta relación, una más abierta para la intervención analítica en la medida que el niño está involucrado como correlativo de un fantasma. La otra se trata del niño como residuo (como fetiche también) del deseo de la madre, capturado bajo la forma de la realización del *objeto a* en el fantasma: “el niño aliena en él todo acceso posible de la madre a su propia verdad, dándole cuerpo, existencia e incluso la exigencia de ser protegido” (p. 56). Ahora bien, nos dice Lacan, cuando ese niño es capturado por la subjetividad de la madre y este niño-objeto anula cualquier posibilidad de acceso a la verdad de la madre, se convierte así en la voz, por referencia somática, de esa verdad en la estructura familiar que es denegada. El niño síntoma se distancia del niño promesa nietzscheano, como antípoda de la creación de valores que posibilita el juego, y queda prisionero de su propia existencia, sin posibilidades de

devenir experiencia justamente ahí donde su subjetividad y deseo ascienden desde el anonimato. Lo sabemos bien: ya antes Lacan propuso el desaguisado pretencioso de imaginar al niño como referencia exclusiva de un pecho que lo signifique, de esa mirada que devuelve un todo del *self*, quedando por descubrir nada más que sus cualidades de lo falso o verdadero y rescatar de esas aguas revueltas lo único transparente y auténtico. Nos dice Lacan que el estadio del espejo se trata de una forma primordial de *identificación*, es decir de “la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen (...) una *imago*”. No cuestiona las cualidades del imago sino que más bien indica su inevitable incidencia en la formación de un yo primitivo sostenido sobre la matriz simbólica antes de objetivarse en un vínculo particular. Es decir que la forma total del cuerpo, sostenida por el artilugio del espejo que ofrece el Otro, es experimentada como una exterioridad, trastocando para siempre la configuración del sí mismo, que “simboliza la permanencia mental del yo al mismo tiempo que prefigura su destinación alienante”.

Entonces, ya sea que el niño se represente como *promesa* del momento último de expresión del espíritu, o bien como *síntoma* en la estructura familiar o del deseo de la madre, este parece reconducir a lo inalcanzable y/o lo indecible: el niño como esfera de encrucijadas entre lo singular y lo comunitario, entre naturaleza y cultura, de lo pulsional y la *ratio*.

En este sentido, parecen también “máscaras” inagotables del hombre adulto, nos dice Benjamin (1913). No en vano se propone quitar la máscara de aquel que supone haberlo experimentado todo, los ideales, la juventud y hasta la mujer. La *experiencia* se ha vuelto patrimonio del adulto y con ella el intento de someter a los jóvenes a la servidumbre de la vida,

el absurdo de la vida, la brutalidad: “el burgués ha convertido la experiencia en evangelio, en mensaje de la vulgaridad de la vida” (p. 42). Así, ese algo más allá de la experiencia nos reconduce a los valores de lo verdadero, lo bello y lo bueno que se fundan en sí mismo, todo lo que tiene sentido. Nuevamente la facultad creadora nos aparece como reverso del bien decir del hombre adulto: pero hay otra experiencia, la más hermosa, intocable e inmediata, a la que jamás le falta el espíritu: “uno siempre se vivencia solo a sí mismo” (p. 43). El niño proletario de Benjamin desciende de su clase y no de su familia, y mientras el heredero surge como la figura sostenedora de su prole burguesa, la diferencia dramática se establece en la medida en que “los desheredados ven en la suya auxiliares, vengadores, liberadores” (p. 110), que se resiste a la profesionalización especializada propiamente burguesa. Por ejemplo, en la evolución del juguete este constituía la parte del proceso de producción que unía a padres e hijos y efectivamente un subproducto del trabajo artesanal. Con la industrialización, la familia perdió el control de su producción, se vuelve extraño tanto para el niño como para la familia misma. Pero el niño es sobrio frente a los materiales, nos dice Benjamin, y así un objeto cualquiera “lleva en sí, pese a su unidad, a la simplicidad de su sustancia, un sin número de figuras diversas” (p. 84). La idea del aislamiento del niño de la esfera pública se hace notoria, como una comunidad aislada, y aunque anticipa los riesgos de considerar la carga imaginativa de los juguetes como determinante del juego del niño, en realidad, sucede más bien al revés.

Bibliografía

- Benjamin, W. (1913). “Experiencia”, en *Escritos. La literatura infantil, los niños y los jóvenes*. Nueva Visión. Buenos Aires, Argentina, 1989.
- Benjamin, W. (1928). “Historia cultural del juguete”.
- Freud, S. (1895). Proyecto de psicología para neurólogos.
- (1916-17). 21ª Conferencia. Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales.
- (1933). ¿Por qué la guerra?
- Lacan, J. (1988). “Dos notas sobre el niño”, en *Intervenciones y textos* 2. Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (1957). El estadio del espejo como formador del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica.
- Nietzsche, F. (2003). *Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para nadie*. Buenos Aires: Andrómeda, Argentina.

¿CÓMO NOS REENCONTRAMOS?

Lic. Florencia Pagliaro y

Lic. Lucila Lusnich

Comenzamos la formación en IUSAM de APdeBA en 2021 de forma virtual, tanto los seminarios, el análisis y la supervisión didáctica. Fue una experiencia inaugural aproximarnos a través de la computadora a estos espacios. En lo que respecta a los seminarios, se fue armando un grupo de trabajo junto a los profesores y colegas que resultó interesante ya que comprobamos que se podía aprender, intercambiar y preguntar de igual modo que en la presencialidad. En lo que respecta al análisis y supervisión virtual, fue fructífero contar con esos espacios atravesando la pandemia y el aislamiento para que no nos detuviera en nuestro desarrollo personal-profesional y nos acompañara en esa situación inédita para todos.

Ahora bien, a principios de este año, la Institución nos propuso un encuadre distinto, un esquema híbrido en el que debíamos asistir a la cursada de los seminarios de manera presencial una semana y a la siguiente de manera virtual. Así fue como nos conocimos en marzo de este año. Experimentamos el pasaje de vernos por la computadora, ver una imagen bidimensional a vernos cara a cara, saludarnos nuevamente con un beso o un cálido abrazo y existió la posibilidad de conversar en los intervalos. Esto no lo hacíamos cuando era virtual. ¿Por qué costaba más ese acercamiento estando detrás de la pantalla? o, ¿por qué no se veía tan facilitado el vínculo?

El encuentro se terminaba una vez que se cerraba el zoom, la virtualidad nos marcaba un límite.

Podemos decir que en la presencia tuvimos un encuentro distinto. Coincidimos en que hay un plus que da esa presencialidad muy difícil de explicar con palabras pero, en este trabajo, justamente, intentaremos dar un rodeo acerca de qué es ese plus que brinda el estar junto a otro u otros, cuerpo a cuerpo. ¿Por qué registramos una diferencia?

Primero diremos que pudimos resignificar la importancia de lo presencial cuando nos vimos en persona. Allí recién tomamos conciencia de lo que nos estábamos perdiendo. Ganábamos antes, desde el hogar, en estar protegidas del virus, en la comodidad del hogar, la simpleza de sentarnos frente a la computadora. La virtualidad nos abrió una puerta a algo que no conocíamos o no lo pensábamos como una posibilidad: realizar la formación psicoanalítica de manera virtual, pero nos interesa detenernos en lo que allí faltaba.

Podemos pensar que, en ese encuentro con la presencia corporal del otro, se ponen en juego varias cuestiones. El tema nos evoca espontáneamente los desarrollos teóricos de Winnicott y quisimos tomarnos la libertad de jugar con ellos. Para el autor la personalidad del bebé no está integrada desde el principio de la vida, es decir, plantea una no integración primaria. Para salir de ese estado menciona tres logros que comienzan tempranamente y que van asociados a funciones maternas: el sostén (holding), el manipuleo (handling) y la presentación de objeto, las cuales van ocurriendo simultáneamente.

Primero nos detendremos en el sostén que permite el logro de la integración, y por consiguiente, un estado de unidad. Incluye principalmente sostener físicamente al infante, “lo

que es una forma de amar de la madre” (Winnicott, p. 63, 1960). Los pequeños necesitan de una persona que recoja “sus pedacitos”, dice Winnicott. Gracias a otra función importante, la del manipuleo, es decir, los cuidados corporales, construye de a poco la personalización de modo satisfactorio. Surge así el sentimiento de que la persona de uno se halla en el cuerpo propio (pp. 206-7, párr. 4-5, 1945).

Frente a la experiencia que tuvimos comenzando la formación con la virtualidad y la diferencia que encontramos con la presencialidad, pudimos pensar que hacer con un otro en el mismo espacio físico nos nutre de una forma distinta. El plus que obtenemos nos invita a jugar con la teoría y pensar que la presencialidad se nos presenta como un ambiente facilitador que incluye las funciones de sostén y manipuleo. Según Winnicott, el ambiente facilitador da lugar al progreso constante de los procesos de maduración del niño, permitiendo que se desarrolle su potencial (p. 110, párr. 2, 1963). Sostenemos que hay otra calidad en el encuentro ya que podemos no solo alimentarnos y satisfacer las necesidades básicas, lo que en esta metáfora sería el cursar los seminarios, sino vernos envueltos de los demás sentidos como el tacto, el olfato con los aromas, de los gestos totales (por cámara solo vemos la mitad del cuerpo o solo el rostro) y compartir el espacio con otros, un hacer con otros. ¿Será que en lo virtual, entonces, nos perdemos un poco?, ¿somos más “pedacitos” detrás de la pantalla? Pensamos que en presencia con otros experimentamos la integración y personalización, viéndonos en el otro. Hay un logro en lo presencial que es el de sentirnos una unidad integrada al ambiente. Todo esto nos permite seguir siendo y desarrollándonos como analistas.

Winnicott sostiene que “el individuo sano nunca queda aislado, sino que se relaciona con el ambiente de un modo tal

que puede decirse que él y su medio son interdependientes” (p. 109, 1963). Esta cita nos conecta con la idea de la pandemia y sus restricciones para la socialización, la cual generó una distancia de los cuerpos pero, finalmente, lo que permitió sostener esa distancia dolorosa e incómoda, fue la virtualidad. ¿Para cuántos el encuentro a distancia con el analista era el momento más esperado de la semana? Por esto mismo, creemos que la virtualidad no es una práctica que hay que abandonar sino que debemos incorporar a nuestras vidas y a nuestro trabajo, pero sí debemos detenernos a pensar en qué momentos es conveniente recurrir a ella y cuándo es adecuado mantener la presencialidad.

Detengámonos a pensar en nuestro trabajo como analistas. Se presenta como una variable más a evaluar en el trabajo con un paciente: ¿todos los pacientes son posibles de atender de forma virtual? Para aquellos pacientes que han experimentado fallas tempranas en las funciones que mencionamos con anterioridad ¿no sería más pertinente atenderlos de modo presencial? Claro que ante la pandemia, el poder tener sesiones virtuales con estos pacientes, en algunos casos, fue sostén para evitar procesos de desorganización aún mayores. Pero, ahora que todo está volviendo a ser como antes, aunque nunca igual, ¿los convocamos al consultorio?

Para reflexionar sobre esto, trabajaremos con algunas ideas que desarrolla Winnicott en su texto “Aspectos metapsicológicos y clínicos de la regresión dentro del marco psicoanalítico” (1954). Allí el autor resalta la importancia del *marco* mucho más que la interpretación. Winnicott piensa al marco como el sitio dentro del cual se da el trabajo de entender e interpretar. También destaca que Freud mismo, sin que se diese cuenta, estaba proveyendo un marco para su labor.

Ese marco clínico constaba de varios elementos, entre ellos: el horario pactado, el honorario, la presencia del analista: despierto, respirando, preocupado en el sentido de interesado por el proceso del paciente, expresando amor y odio honradamente (aspectos no negados por el analista), entendiendo el material y comunicando la comprensión a través de las palabras, observando objetivamente, absteniéndose de juzgar, no reaccionando agresivamente, sobreviviendo.

Entre todos estos elementos, hay uno en particular que es el que queremos destacar: “Esta labor se realizaba en una habitación, no en un pasillo, sino en una habitación que estuviese tranquila y en la que no hubiese riesgos de ruidos súbitos” (Winnicott, p. 381, 1954). Agrega que no tiene que ser una habitación de sepulcro sino con ruidos normales de la casa. Estará iluminada sin que la luz le dé directamente en el rostro ni tampoco intermitente. La habitación tendrá que estar confortablemente caldeada y el paciente se acostará en el diván cómodamente junto a una manta teniendo agua a su alcance.

Con esto entonces queremos transmitir el valor que tienen estos detalles para los pacientes que se hallan en estado de regresión o para facilitar el movimiento regresivo. ¿Cómo podemos ofrecerle esto al paciente a través de las sesiones a distancia?, ¿alcanza con la voz del analista, su rostro, con la presencia en horario, con la interpretación? Para el autor, el diván concretamente, los almohadones, la manta, están ahí para ser utilizados por el paciente (p. 383, párr. 3, 1954). No están allí porque sí. Muchas veces en esa hora de sesión el diván es el analista, los almohadones *son* los pechos. Así lo refiere Winnicott en “La regresión en el marco psicoanalítico” (1954).

El marco del análisis con todo lo que implica mencionado anteriormente, reproduce las técnicas de maternalización más tempranas invitando a la regresión por su confiabilidad (p. 382, párr. 5, 1954). La regresión es entendida por el autor como un movimiento hacia la fase de dependencia, a los puntos buenos y malos en la adaptación ambiental a las necesidades del yo y del ello en la historia del paciente (p. 377, párr. 4, 1954). Gracias al marco representado por el analista, el paciente podrá tener una oportunidad de corregir el fracaso originario de adaptación (p. 390, párr. 1, 1954).

Pensemos en situaciones clínicas en las cuales el paciente, estando en la sesión, en su habitación, se ve interrumpido por el ingreso de algún familiar que olvidó buscar algo o tocan su puerta o sabe que tal vez puedan estar escuchándole la sesión, así como casos en los que hermanos, hijos, juegan cerca de la habitación. Para estos pacientes no es ni será lo mismo una sesión a distancia que una presencial. Es más, tal vez, no se animan a pedir sesiones presenciales por la sobreadaptación que el falso self realiza.

Winnicott nos dice que “casi cualquier detalle puede resultar de extrema importancia en una fase específica en que haya cierta regresión por parte del paciente” (Winnicott, p. 381, 1954). Si el paciente necesita por ejemplo intimidad no será lo mismo tener la sesión en la casa que en el consultorio, estar respirando o llorando con la presencia del analista, cerca de él, que hacerlo solo. “Si un paciente en estado de regresión necesita tranquilidad, entonces, sin ella, no puede hacerse nada en absoluto. Si la necesidad no es satisfecha el resultado no es ira, sino tan solo una reproducción de la situación de fracaso ambiental que detuvo el proceso de crecimiento del self”. (Winnicott, p. 383, 1954). Incluso pensemos que hoy en día

la frecuencia de las sesiones es menor con la que se trabajaba años atrás con lo cual se estaría complicando la experiencia de regresión de la que habla el autor.

Para finalizar, diremos que lo importante es pensar qué es lo más adecuado para cada paciente y saber que cada detalle del marco clínico no es menor. El marco con el que trabajaremos permitirá la regresión a los puntos de fijación de la libido en pacientes psiconeuróticos. En esos casos, como le ocurrió a Freud, el énfasis no estaba puesto en la necesidad de regresión que podía tener el paciente, sino que se daba por sentado el trabajo hecho por la madre y la adaptación ambiental en el pasado del paciente. En los casos de los pacientes que no tuvieron cuidados suficientes, la regresión a la fase de la dependencia absoluta es fundamental para descongelar la situación de fracaso (p. 375, párr. 3, 1954). Es una nueva oportunidad para que el medio ambiente actual realice una adaptación tardía pero adecuada.

Esperamos haberles hecho llegar nuestras inquietudes y reflexiones sobre lo inédito que nos tocó vivir y que nos movilizó en tantos sentidos a nivel personal y profesional.

Bibliografía

- Winnicott, D. (1945). Desarrollo emocional primitivo en *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. 12ª impresión. Barcelona, España: Paidós, 2021.
- (1954). Aspectos metapsicológicos y clínicos de la regresión dentro del marco psicoanalítico en *Escritos de pediatría y Psicoanálisis*. 12ª impresión. Barcelona, España: Paidós, 2021.

- (1960). La teoría de la relación entre progenitores-infante en *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Paidós, 2015.
- (1963). De la dependencia a la independencia en el desarrollo del individuo en *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. 1ª ed., Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Paidós, 2015.

HISTORIAS MÍNIMAS DEL EXILIO

Lic. Mariana Flint

Lic. Jesús García-Vizcatno

Una historia relata que en el siglo XV un *shogun*, Ashikaga Yoshimasa, envió a China un tazón de té roto, muy apreciado por él, con el fin de que fuese restaurado. Cuando llegó la pieza de vuelta a su residencia, descubrió que la reparación había sido fallida y entonces, inconforme y dispuesto a no perderlo, contrató un artesano de su propio país, Japón. El artesano analizó el doble daño, es decir, el de las roturas iniciales en el tazón y los producidos por la fracasada reparación e, ingenioso, decidió algo tan increíble como maravilloso: ya que las cicatrices en la cerámica eran inexpugnables, las utilizaría como parte del propio objeto; no quedarían ocultas y esa sería la clave de su nueva naturaleza. Rellenó entonces las grietas con resina y polvo de oro, que resaltaron dónde habían sufrido el daño, pero unieron las piezas firmemente y así un tazón para té, roto, exhibiendo su historia, se había vuelto un objeto inmarcesible. Así, se dice, nació el *Kintsugi* o *kintsukuroi*, que en japonés se traduciría como carpintería en oro.

Durante años hemos atendido inmigrantes venezolanos en diferentes lugares del mundo. Algunos nos cuentan sus historias apenas entrar; otros demoran incluso años para comenzar a narrarlas. Unos logran fabricar artificios protésicos para sostenerse en su nueva vida; otros tienen tanto espacio entre sus grietas, que parece que nunca lograrán contener algo más dentro de sí.

Es la historia de casi siete millones de personas hasta ahora, más del 20% del país, que buscan otro lugar para seguir viviendo. Un número que sigue en aumento. Ya los historiadores y los novelistas, alguna vez, podrán narrar la gran historia desde una realidad remota, la del país, hablando de economía, de política y de leyes. Entonces el gran debate, la gran conversación, se hará, como siempre se ha hecho, y las grandes cosas quedarán ordenadas en textos y documentales para generar opinión y conocimiento. Ese tiempo llegará, como siempre ha llegado a cada pueblo. Por ahora, mientras tanto, nos gustaría contar las pequeñas historias, pequeñas reseñas, de todo lo que puede ocurrir dentro de un solo corazón. Historias ínfimas de quienes se han ido y que ni siquiera serán, en muchos casos, escuchadas por otros oídos; relatos de lo vivido que, con seguridad, serán olvidados por la gran historia. Historias mínimas del exilio venezolano, que pasaron de la boca de cada paciente a nuestros oídos de analistas y también, a nuestro propio corazón. Fractales del dolor colectivo, que parecen inconexos, pero que repiten un patrón, que solo puede ser comprendido desde lo minúsculo de la individualidad.

Colocar el polvo de oro, mezclándolo sobre las grietas, siempre es difícil e indefectiblemente produce la sensación de que no alcanzará. Ir reparando es renunciar a la idea de restaurar. Dar lugar al vacío. Descubrir las paradojas entre un nuevo universo, donde no se habita, pero se puede estar, y otro más, donde se habita, pero ya no se tiene lugar. Remediar las roturas iniciales de cada alma y los daños producto de la emigración, produce algo tan increíble como maravilloso: las cicatrices inexpugnables forman entonces una parte no oculta de la persona misma y pasan a formar parte de la propia naturaleza de su ser.

A continuación, cinco historias de tazones rotos. Cinco de esas, por ahora, casi siete millones de historias.

I. Ana y Maritza: noches quietas

Rubén solía llevar a Ana y a Maritza cada mañana a la escuela. Luego, a las 4.30, Mariela las buscaba. Compartían la merienda y, si no había tareas, miraban videos por YouTube. A las 19.30, las chicas iban a dormir y entonces Rubén, que trabajaba repartiendo comida a domicilio, llevaba a Mariela a su trabajo, se iba al suyo y luego la esperaba en casa, pues ella terminaba más tarde. Mariela era mesera desde las 8.00 de la noche, hasta las 3.00 de la mañana y solía llegar francamente agotada. A la mañana siguiente, comenzaban una vez más su rutina de llevar a Ana y a Maritza.

Hace un par de meses tuvieron problemas graves para pagar el alquiler y unos medicamentos costosos que debían enviar a Venezuela. La presión fue intensa y corrían un serio riesgo de quedarse en la calle con las niñas. Entonces Mariela tuvo una idea, que prefirió no pensar mucho antes de ejecutar: aceptó acostarse con un cliente que se lo había propuesto, para obtener dinero extra. Desde entonces lo ha hecho varias veces. Rubén, ajeno a esa situación, se dio cuenta de que algo no estaba bien. Cada vez que ella regresaba, de vez en cuando algo más tarde, la encontraba un poco más triste. Luego pasó algo más, ella ya no quería darle ni un beso, ni tocarlo, ni dormir con él. Rubén le preguntó si había alguien más y Mariela solo le dijo que día a día extrañaba más a su familia, a quien no había visto desde hace dos años.

Ana tiene 8 años y Maritza, 3. Solo entienden que algo muy malo está pasando, porque de pronto, sus padres siempre

parecen afligidos o enojados y discuten mucho. Han faltado varios días a la escuela, porque no las han llevado y nadie les ha explicado por qué. Ya casi nunca ven películas en YouTube con ellos y en dos ocasiones han tenido que comer galletas en la cena, porque a Rubén y a Mariela se les olvidó preparar la comida antes de irse a trabajar. Desde hace dos semanas duermen poco. Ana, la más grande, cree que alguno de sus padres puede no regresar más a casa o que algo terrible podría pasarles. No se ha animado a contarle a sus abuelos, que están en Caracas, porque teme que luego haya un problema mayor y la castiguen. Maritza se está portando muy mal, se levanta mucho en la noche y llora, y como están solas, Ana se tiene que hacer cargo de ella. Pero es muy difícil, y se dio cuenta de que si le pega duro, se queda quieta, aunque eso la hace sentir muy mal después y teme que la descubran. Ahora las noches son más largas, más oscuras y dan más miedo, pero tienen que quedarse quietas, porque sus padres trabajan a esa hora.

II. Armando: un batazo no duele tanto

En 2017, en medio de las protestas masivas que ocurrían en toda Venezuela contra el gobierno, que el entonces presidente bautizó como las “Guarimbas”, haciendo referencia a un juego infantil, la policía obligó a Armando, junto a otros manifestantes, a entrar en la parte de atrás de un camión, arrojaron gas lacrimógeno dentro y cerraron la puerta, dejándolos totalmente encerrados, sin fuentes de ventilación. Casi murió por asfixia. Luego lo llevaron a un lugar que no recuerda bien, donde fue torturado. Su familia logró pagar lo que pidió la policía para sacarlo del calabozo y, unos días más tarde, estaba en Italia, desde donde hace cuarenta años migraron sus abuelos.

Con muy poco dinero en su bolsillo, intentó contactar a algún familiar, sin éxito. Tal vez ya no quedaba ninguno. Era la primera vez que vivía solo y no tenía experiencia laboral alguna, pues acababa de recibirse como economista en una universidad muy prestigiosa y no menos exigente, la Católica Andrés Bello y, la verdad, sus padres se habían empeñado en que se dedicara solo a estudiar. Sin embargo, siendo un chico muy despierto y sociable, consiguió trabajo en un lugar con buena paga y pronto comenzó a disfrutar de la vida en Milán, su buena comida, su vida nocturna, del sentimiento de pertenencia a la tierra de sus ancestros, de la libertad de vivir en Europa y poder ir a cualquier lugar, de todas aquellas cosas de las que había carecido en los últimos años.

Pero unos diez meses después terminó su contrato en la empresa, y el siguiente año no se le hizo fácil conseguir otro. Lavaba platos en un restaurant, cuando comentó a otro de los empleados que las deudas lo estaban ahogando y que le gustaría regresar a Venezuela, pues allá al menos estaba su familia y tenía casa y auto, pero le habían advertido que si lo hacía, podía regresar a la cárcel. Entonces el compañero le ofreció una oportunidad nueva oportunidad para hacer dinero: vender drogas. Armando no aceptó, pero semanas después, sucumbió. Lejos de su familia y de su novia, sin sus amigos de toda la vida, expatriado, siempre asustado al saber que hacía algo ilegal, sintiendo perdido su futuro como profesional y sobre todo, con una gran tristeza, Armando comenzó a fumar marihuana “para relajarse”.

Había contado que un tío materno era alcohólico y que otro padecía esquizofrenia. ¿Cómo habría de saber el pobre Armando, que aquellos antecedentes lo hacían más frágil ante las drogas y ante la enfermedad mental? Desde hace dos años

va al psiquiatra y está un poco mejor, aunque le costó mucho aceptar que tiene que mantener una medicación estricta. Pero una parte de él quedó extraviada en medio de ese bien diagnosticado trastorno bipolar, que comenzó con aquella terrible depresión. ¿Habría padecido Armando esta enfermedad si no hubiese tenido que pasar por todo esto? No lo sé. Lo que sí me explicó claramente Armando es que los batazos, la asfixia y las patadas que recibió mientras estaba preso, indefenso, no le dolieron tanto, ni por tanto tiempo, como tener que dejar en el pasado, en Venezuela, todo el futuro que su familia y él habían planeado juntos.

III. Lucía: incendios en la memoria

De niña solo podía correr. Corría de mi madre, violenta, triste y alcohólica. Corría de un colegio con maestras casi analfabetas, del ruido de mi estómago hambriento, de los vecinos acosadores y sobre todo, de mi futuro casi imposible, marcado por la pobreza y la muerte temprana de mi padre. Corría y corría para huir, hasta que de tanto correr, llegué a la Universidad de Oriente, a su Instituto Oceanográfico en la ciudad de Cumaná, donde por fin pude detenerme y hacer todo lo que no había podido hasta entonces: comí, dormí, soñé, conocí la amistad, me enamoré, crecí, viví, me transformé, me hice un lugar en la vida y me gradué con honores de biólogo marino.

En medio de mi país derrumbándose, pude reunir fuerzas y recursos económicos y partí a Chile, para completar mi formación de postgrado. Sin embargo, me prometí regresar, para devolverle a la Universidad al menos un poco de todo lo que me había regalado. Fue el primer hogar que tuve y quería cuidarlo también para otros. Así que, mientras tanto, decidí

colaborar con el Instituto Oceanográfico donando dinero, enviando libros y revistas, y ayudando a jóvenes tesisistas. Han pasado ya seis años desde entonces, y mantengo esa ayuda, soñando con el momento de volver.

Ayer en la mañana un colega me llamó. Me dio la noticia de que por segunda vez en seis meses habían saqueado el Instituto. Esta vez la razia fue mayor. Se llevaron el tendido eléctrico, las puertas, todo el mobiliario; no solo sillas, mesas, pupitres, sino hasta los estantes de las bibliotecas. Luego, tal vez por accidente o en forma deliberada, quemaron todo. Se perdieron décadas de investigaciones, tesis, libros, documentos únicos, muestras, materiales, ejemplares biológicos y equipos. Los bomberos no lograron llegar a tiempo, y luego declararon con vergüenza a los diarios que no habían podido acudir por que no tenían gasolina en sus unidades de transporte y tampoco tenían el personal completo, pues casi todos se han ido, poco a poco, del país.

Desde ayer no he parado de llorar y siento que corro otra vez. Se quemó mi casa, mi única razón para regresar. Se extinguió el lugar donde ocurrieron mis recuerdos. Siento que corro ahora de mi patria triste, maltratada y mendiga, de mi Universidad ahora casi analfabeta, de esos estómagos hambrientos que saquean y pueden devorar todo, y sobre todo de mi pasado, que nunca volverá.

IV. Álvaro Andrés: el favorito de la Titi

Mañana mi sobrino, el hijo de mi hermana, cumplirá cinco años. Mi mamá y mi hermano estaban buscando fotos suyas con él, de cuando era más bebé, para subirlas a sus redes sociales

y compartir así la dicha que les produce que Álvaro Andrés haya venido a este mundo. Yo tengo en total tres sobrinos, dos por mi hermano y Álvaro, pero por alguna razón, él es mi favorito. Creo que es porque no estuve cuando nació. En días como hoy, eso se hace más extraño, porque yo no tengo ni una de esas, una simple foto con él. Bueno, sí tengo unas, pero él no aparece directamente, sino en la barriga de mi hermana.

Cuando nació, ya me había ido de Venezuela. Yo sabía que venía una hambruna. Cada día se hacía más difícil conseguir cualquier cosa, no solo la comida, así tuviera dinero para comprar. Las colas para todo eran de un día completo y a veces de dos. Sabía que el país se caía a mi espalda y me podía aplastar, y me fui, sobre todo, para abrirle camino a la familia, aunque en ese momento ellos no entendían con tanta claridad como ahora sobre lo que estaba ocurriendo. Lo sé, porque ellos pensaban que se trataba de que yo, aun siendo la menor, era la más atrevida, la más ambiciosa, y que por eso quería irme a buscar un nuevo mundo, aunque en realidad simplemente yo estaba muy asustada. Así que el día que nació Álvaro Andrés, no estuve, como no he estado en muchos otros momentos, de los que solo tengo el registro de fotos y videos donde no estoy. Eso es duro, pero en realidad lo peor es que esos momentos vienen sin la emoción correcta, pues siempre que aparecen esas alegrías de los cumpleaños, de las fiestas navideñas, de los bautizos, yo me alegro, pero es una alegría que siempre viene como ese lugar donde el río se mezcla con el mar, un agua turbia donde surge la nostalgia, empañando cualquier cosa.

Yo soy, para Álvaro, la tía chiquita, la tiita o, como él me dice, la “Titi”. Desde aquí me desvivo por enviarle regalos y todas las cosas que me dicen que necesita, o lo que yo creo

que puede necesitar, pues a mí me ha ido muy bien en lo económico, pero a ellos no, en ese país al que emigraron dos años después de que yo me fui. Ya tenemos cinco años de relación ese niño y yo. ¡Eso sí es una relación a distancia! Nos vemos casi a diario por una pantalla, mientras yo sueño con una foto en la que aparezca con él. ¡Una foto para subir a las redes sociales y presumir cuánto significa para mí! Pero por los momentos, debido a mi proceso migratorio, no puedo salir de este país y mi hermana, mi compañera de juegos, la que me explicaba cómo era la vida, porque yo era más pequeña, la que me defendía en el colegio, mi confidente, ella, no tiene el dinero suficiente para venir a verme y mucho menos la visa. Ni siquiera hay una posibilidad cercana de que eso suceda. Mañana, por quinto año consecutivo, mi amor dará la vuelta al mundo para llegar a ti, mi sobrino amado, el favorito de la Titi, algún día mi amor. Algún día podrá ser.

V. Gabriela: los niños inmigrantes

Gabriela, Tania, Armando, Daniela, Carlos, Alberto, Tamara y Luis, no se veían desde hace seis años, cuando Gabriela se fue de Venezuela. Se reencontraron hoy en una videollamada, luego de crear un grupo de whatsapp. Cuando comenzaron a separarse tenían tan sólo siete años de edad; ahora, que tienen quince. Gabriela está en Argentina; Tania está en Ecuador; Armando y Alberto, en diferentes ciudades de España, Daniela, en Colombia; Carlos, en EE.UU.; Tamara, en Costa Rica. Solo uno de ellos queda en Venezuela, Luis. Hoy recorrieron América y Europa en solo dos horas. Desde hace varias semanas, uno a uno, se fueron buscando por las redes sociales y así, volvieron a ser “El Salón”, “mi salón de clases”.

“Todos, excepto Luis, pasamos por la experiencia de ser (niños) inmigrantes, de esos que sentimos que no encajamos”, me contaba hoy Gabriela, radiante de felicidad. Después me dijo, consternada, que Luis tuvo que ver cómo se iban todos sus amigos, mientras él se quedaba en a vivir con unas horas de electricidad por día, con un rato de agua por semana y acompañando a su madre a las largas colas para comprar comida; incluso presencié cómo su colegio, un colegio privado, grande y tradicional, cerraba sus puertas para siempre. “Tania habla ecuatoriano, muy raro, y Armando habla como si fuese español, pero al rato se le quita y habla normal; pero Alberto habla como que salió ayer de Caracas”, bromeaba Gabriela. Niños que adoptan una nueva cultura a la fuerza y casi sin darse cuenta, pensaba yo luego, oliendo mi café, y al mismo tiempo aprenden a querer “eso” nuevo, porque no hay otra opción, porque la alternativa sería enfrentarse con el mundo y aún no tenían la tenacidad para hacer eso, aunque fuese su más profundo deseo, lo que además los llevaría a quedarse aun más solos. Aprendieron que frustración es resignación; que una renuncia, es trascender.

Allí, en ese espacio volátil, etéreo, virtual, tras la pantalla, el vínculo, la amistad que forzosamente tuvo que detenerse, renace. A pesar de todo lo que hizo que sus padres tuvieran que irse, arrancándolos de sus raíces; a pesar de la opresión que los alcanzó, con su esfuerzo, su alegría, su libertad, y su deseo de querer reverdecer su mundo, han traído un pedazo de su vida interrumpida de vuelta, para sanarla. Ante la injusticia impuesta, la amistad más pura, la de la niñez, se abre paso con la misma contundencia de un exorcismo.

Me quedé pensando que la historia que me contaba Gabriela arrojó luz sobre mis cicatrices. A ratos, mientras

la escuchaba, confundí su alegría y su dolor con los míos y luego, restaurándome, pude volverla a escuchar. Ahora con mi café, esperando un rato para salir a caminar, comprendí de primera mano por qué las posibilidades de que un país se desdibuje, se desintegre, se pierda, son tan pocas, aunque pasen tres generaciones. Venezuela, sus palabras, su comida, se funde con otros mundos, creando fusiones, modificando lugares; además, mientras tanto, incluso los más pequeños, que un día salieron a otros horizontes cuando apenas comenzaba su vida, se buscan para reencontrarse. Se consiguen en esos espacios donde vuelven a ser “El Salón”, “El grupito de la clase”. Más allá, son nuevamente El País; no el país que estaba, sino uno más grande, imperceptible a ratos, que crece sobre sus cicatrices, para expandirse.

Corto epílogo

¿Qué pierde una persona cuando deja todo atrás? ¿Qué encuentra una persona cuando halla algo nuevo frente a sí? George Bernard Shaw decía que no hay un beso que no sea el principio de una despedida, incluso el que se da al llegar. Todo beso, en el fondo, es un dolor entonces. Toda cicatriz es la huella de que algo ha sanado, aunque duela cuando hay mucho frío. Toda cicatriz es una confesión de vida, de haber vivido.

ESEMP/NMF

ENVIDIA Y GRATITUD, UNA MIRADA CLÍNICA

Lic. Germán Augusto Martín

Intentaré plasmar en este trabajo mi bajada a la clínica del texto envidia y gratitud, así como desarrollar los conceptos a fin de que pueda verse la comprensión de los mismos.

Klein planteó a la envidia como la expresión oral sádica y anal sádica de impulsos destructivos, la cual opera desde el comienzo de la vida y tiene base constitucional, remarcando la importancia que tiene el pecho como la primera relación objetal en cuanto a que, si este al ser introyectado se arraiga en el yo con relativa seguridad, estará dada la base para un desarrollo satisfactorio.

Considero que la diferenciación que Klein realiza acerca de la envidia, los celos y la voracidad, es esclarecedora en la clínica, expresando a la envidia como un “sentimiento enojoso sobre otra persona que posee o goza de algo deseable, siendo el impulso envidioso el de quitárselo o dañarlo”, implicándose la envidia en relación a una sola persona, remontándose a la relación con la madre. Los celos, por su parte, comprenden una relación con por lo menos dos personas y refiere a un “sentimiento de perder el amor que le es debido y se lo han quitado”, mientras que la voracidad es definida por ella como “un deseo vehemente, impetuoso e insaciable que excede lo que el sujeto necesita y que el objeto está dispuesto a dar, teniendo este como finalidad última el vaciar por completo, chupar hasta

secar y devorar el pecho, siendo la introyección destructiva su propósito, marcando una diferencia clave con la envidia en tanto que esta última está conectada principalmente con la proyección, buscando no solo robar, sino también colocar en la madre y, principalmente en su pecho, maldad, excrementos y partes malas de sí mismo con el fin de dañarla y destruirla, siendo su fin último el intento por destruir su capacidad creadora.

Comenzaré trayendo el caso de Sofía, una paciente de 22 años, para referirme a los celos. La joven consultó debido a ansiedades persecutorias que tenía y que se iban extendiendo cada vez más en su vida diaria, impidiéndole el normal desarrollo de la misma. Al ir avanzando en el análisis, estas comenzaron a tomar forma en que un hombre mayor abusara sexualmente de ella. Tomando como referencia que ella había tenido una transferencia erótica conmigo, la cual había sido asociada al padre en cuanto a un intento de ella por establecer un vínculo con este padre incestuoso, comenzaron a surgir episodios en los cuales manifestaba abiertamente celos respecto a su madre, por ejemplo cuando sus padres se casaron teniendo ella 8 años y una tía le expresó que parecía que Sofía estaba celosa de ese casamiento. Al transmitirle que me daba la sensación de que esto que ella estaba expresando respecto a su miedo de que un hombre la abusara estaba asociado con un deseo suyo de mantener un vínculo sexual con un hombre mayor, el cual ella proyectaba y luego sentía como persecutorio, la joven refirió que pensaba que tenía que ser honesta, y reconoció que en su juventud tenía pensamientos de índole sexual con hombres mayores, los cuales posteriormente comenzaron a causarle asco y que luego empezó a sentirse perseguida por ellos, abriéndose así la posibilidad de retomar un aspecto surgido previamente en el material clínico, el de los celos respecto a su madre.

Considero que Sofía había proyectado estos pensamientos en otros hombres, por un sentimiento de culpa respecto a esta rivalidad edípica con la madre caracterizada por el odio y la envidia hacia ella como poseedora del pene del padre y que, temiendo que esta madre terrorífica introyectada, destruyera su femineidad, lo cual pudo constatarse en un sueño en el cual era perseguida y su interioridad era dañada por estos perseguidores, reprimió sus tendencias edípicas, sin abandonar sus deseos, por lo que los mismos retornaron posteriormente a modo de fantasías con hombres mayores, mostrando a su vez un acercamiento a su madre y un distanciamiento de su padre. Cabe destacar que este temor a la madre terrorífica es, para Klein, comparada a la castración en el varón.

Por último, en relación con Sofía, considero importante agregar lo citado por Klein en “El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas” ya que para ella, “desde un comienzo, las tendencias edípicas positivas e invertidas están en interacción mutua”, hecho que se comprueba en Sofía al traer a la sesión siguiente en la que se evidenciaron los celos con su madre, un sueño en el cual ella se besaba con una mujer, a la cual se asoció con su madre y sus tendencias edípicas invertidas.

Al interpretarles algo respecto a lo citado previamente, la joven expresó que en su infancia tenía fantasías de qué pasaría si su mamá falleciera, pensamiento que luego fue reprimido y reemplazado por qué pasaría si sus padres se separaran, el cual también fue reprimido durante su adolescencia, dando lugar a los pensamientos con otros hombres.

Considero que la envidia en esta paciente no es excesiva, por lo que la interpretación respecto a los celos en la situación edípica permitieron elaborar algo de estas ansiedades persecu-

torias que tenía, evidenciándose esto en un restablecimiento de su capacidad de gozar de su vida diaria y pudiendo correrse ella de ese intento de ocupar el lugar de la madre junto al padre.

Respecto a la envidia y la voracidad, me referiré ahora a Claudia, una paciente de 27 años que comenzó análisis debido a la angustia que le generaba no estar pudiendo quedar embarazada, expresando abiertamente sentir culpa de envidiar a sus amigas y conocidas cuando quedaban embarazadas y enojarse mucho consigo misma cada vez que tenía su período. Sus vínculos familiares eran muy complejos, especialmente con su madre, con quien mostraba un monto de hostilidad elevado sin posibilidad de percibir realmente el motivo de la misma. La paciente relató dos episodios contados por su madre, el primero de ellos, que ella había tomado la teta abundantemente durante sus primeros tres meses de vida y que, en ese momento, su madre dejó de producir leche. El segundo episodio, cuando tenía dos años, fue que su madre estaba en época de darle el pecho a la hermana menor de Claudia, hecho que ella aprovechó para pedirle a su madre si podía tomar la teta y que, ante la respuesta positiva de su madre, la joven procedió a morder el pecho, lo que llevó a que la madre no se lo permitiera más.

Considero, a raíz de lo expresado previamente, que en su infancia debido a esta voracidad Claudia tuvo la fantasía de haber vaciado realmente el pecho, generando en ella ansiedades persecutorias muy elevadas debido al daño que sentía había hecho a la madre. A su vez, considero que la paciente envidiaba al inicio del análisis la capacidad creadora de la madre, quien había tenido tres hijas y que, a raíz de estos ataques fantaseados a la madre provocados por impulsos sádicos orales, intentaba vaciarla de contenidos buenos y, por impulsos anales y uretra-

les, intentaba expulsar fuera de sí y proyectar en el cuerpo de la madre sustancias peligrosas, a fin de controlarlo y poseerlo, pero sentía que su interioridad y su capacidad creadora habían sido dañadas en este proceso, por lo que estaba muy enojada con su madre y sentía que no podía perdonarla por el daño que le había hecho. Su madre era poseedora de aquello que lo que para ella era más apreciado y deseado, de esa capacidad creadora que ella envidiaba, capacidad también envidiada en otras mujeres cercanas que la tenían al quedar embarazadas y que ella sentía no tenía.

Por último, quisiera hablar un poco de un concepto que generalmente se pasa de largo en la lectura del texto, la gratitud, sentimiento que Klein describe como uno de los más importantes derivados de la capacidad para amar, siendo esencial en la estructuración de la relación con el objeto bueno en la apreciación de la bondad en otros y en uno mismo, la generosidad (riqueza interna que deriva de haber asimilado el objeto bueno, siendo el individuo capaz de compartir sus dones con otros) y de la paciencia, así como también de la facultad creadora.

“La gratificación plena al mamar significa que el bebé siente haber recibido de su objeto amado un don incomparable que quiere conservar, he aquí la base para la gratitud”. Para Klein, “el bebé solo puede experimentar una satisfacción plena si está suficientemente desarrollada la capacidad de amar y, a su vez, la satisfacción es la base de la gratitud.” Constituyendo para ella que la felicidad de ser amamantado no solo era la base de la gratificación sexual, sino también de toda felicidad posterior, haciendo posible el sentimiento de unidad con otra persona (lo que significa el ser plenamente comprendido, hecho que es esencial en toda amistad o relación amorosa feliz).

Cuando por razones internas o externas las ansiedades persecutorias aumentan, la frustración, circunstancias desdichadas, etcétera, pueden despertar algo de envidia y odio en cada individuo a lo largo de su vida, pero la fuerza de estas emociones y el modo de enfrentarla varía de manera considerable.

Considerando que cierta cantidad de frustración seguida de gratificación, podría darle al bebé el sentimiento de haber sido capaz de hacer frente a su ansiedad, Klein expresa que la ausencia de conflicto, aclarando que esto no es posible, privaría al niño del enriquecimiento de su personalidad y de un factor importante en el enriquecimiento de su yo. Ya que el conflicto y la necesidad de superarlo constituyen un elemento fundamental en la facultad creadora. Pudiendo uno a través de la gratitud hacer frente a los impulsos de odio, envidia y frustración.

Bibliografía

- Klein, M. (1928). “Estadios tempranos del conflicto edípico”. En *Obras Completas*, Tomo I. Paidós, Buenos Aires, 1996.
- (1945). “El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas”. En *Obras Completas*, Tomo I. Paidós, Buenos Aires, 1996.
- (1957). “Envidia y Gratitud”. En *Obras Completas*, Tomo III. Paidós, Buenos Aires, 1991.



SECCIÓN II

LO NOVEDOSO Y LO
QUE CONTINÚA.

UNA MIRADA DE ANALISTAS
INVITADOS.

CONCLUYENDO LA FORMACIÓN PSICOANALÍTICA (SIEMPRE INACABADA O INCONCLUSA): ¿UNA DESPEDIDA?

Lic. Melisa Perea y Dra. Diana Poblete¹
Grupo de Estudio Psicoanalítico San Luis

Este escrito surge de la vivencia conjunta de participar en la Jornada de Mesa Argentina de Analistas en Formación, realizada este año en la provincia de Córdoba (Argentina), de manera presencial.

Para quienes no la conocen, Mesa Argentina es un espacio de analistas en formación de nuestro país, en el que anualmente se realizan actividades para compartir las producciones que los candidatos van elaborando. Es un ámbito plural y horizontal que tiene un representante por claustro de cada institución de Argentina. Su singularidad radica en ofrecerse como un área de intercambio y debate acerca de las particularidades que implica la formación psicoanalítica en las diferentes sociedades.

Fue una decisión difícil de parte de la organización de este año retomar la presencialidad luego de la pandemia, pero la vivencia resultó sumamente gratificante y enriquecedora.

¹ Lic. Melisa Perea - melisanoelisaperea@gmail.com / Dra. Diana Poblete - dianagpoblete@gmail.com

En esta oportunidad, teníamos por delante la experiencia de llegar a un lugar donde tal vez por primera vez no conoceríamos a nadie. A poco de comenzado el encuentro, nos dimos cuenta que muchos de los que se encontraban allí ;tampoco se conocían entre ellos personalmente! Eso le dio un tinte tal vez más formal al inicio de los intercambios; pero luego a partir de algunas intervenciones el clima pudo volverse más relajado. Como siempre, fue posible exponer y compartir sobre problemas vinculados a la clínica psicoanalítica que nos preocupan y sobre aspectos específicos de la vida institucional de un/una analista en formación, que siempre han sido temáticas propias de estas jornadas. Esta vez las temáticas estaban atravesadas inevitablemente por las vivencias de la pandemia...

Nuestra situación era bastante particular, una reciente analista miembro y otra analista en formación (transcurriendo ya el final de la segunda supervisión formativa), que formamos parte de una institución que se está constituyendo, el Grupo de Estudio Psicoanalítico San Luis (IPA). Participar de estos encuentros siempre nos ha dado la oportunidad de transmitir nuestras experiencias como fundadoras de una institución psicoanalítica en los tiempos que corren con todo lo que ello implica.

Sabíamos que esta vez sería la última para nosotras en Mesa Argentina. En parte, eso nos dio una motivación particular para asistir, aunque siempre había sido un espacio en el que nos habíamos sentido a gusto, por el clima social de cordialidad, de intercambio horizontal, de compromiso institucional.

Fuimos las primeras en exponer. Compartimos un texto con pensamientos variados acerca de la relación transferencial analista-paciente en un caso clínico. Y encontramos una

modalidad nueva. En la primera actividad, luego de cada ponencia, se brindaba un espacio de intercambio, permitiendo profundizar más en lo expuesto y darle mayor dinámica a la participación de todos. Luego los temas vinculados a los efectos de la pandemia y la virtualidad así como la perspectiva de género y el trabajo en comunidad fueron dominando diferentes segmentos del encuentro.

Y llegó un momento muy especial donde fue importante poder transmitirles nuestra historia institucional. Pudimos a grandes rasgos comentarles logros y frustraciones en la tarea de forjar una nueva institución psicoanalítica perteneciente a la Asociación Psicoanalítica Internacional en Argentina. Y rápidamente pudimos poner en valor el aspecto generoso que lo que construimos día a día en San Luis nos ha permitido, dado que gracias a GEPSaL es que hemos podido participar de espacios de analistas en formación. Podíamos ver más claramente que ambas ya no participaríamos de ese espacio de Mesa Argentina, sintiendo la alegría de finalizar este primer paso de la formación psicoanalítica (dado que la misma es un proceso siempre inacabado), pero conectando con el dolor de la pérdida de estos lugares fructíferos ya conocidos.

En ese clima, una de nosotras pensó que dejar atrás la categoría de analista en formación no tenía que implicar necesariamente perder espacios entre pares con la frescura que los analistas en formación logramos generar. ¿Cómo plantar una semilla que permita ir gestando un ámbito plural, descontracturado, ágil, exogámico, para psicoanalistas jóvenes? ¿Cómo conservar lo lúdico y lo creativo del empuje de quien empieza un camino?

En ese momento resonaron las palabras del psicoanalista

uruguayo Marcelo Viñar, quien en un conversatorio al que fue invitado en un congreso internacional, se presentaba asimismo como analista en formación, apelando a que intenta mantener ese espíritu siempre presente. Así, comenzamos a pensar que Mesa Argentina es un espacio que una vez fue pensado en la mente de diferentes analistas en formación que aunaron sus objetivos y sus esfuerzos para darle vida a esa instancia grupal.

Una anécdota al respecto se dio al finalizar la primera jornada de trabajo en Mesa Argentina, ya que estábamos expresando nuestro deseo de que cuidaran la existencia y el crecimiento de dicho espacio y nos proponían que continuáramos formando parte. Pero realmente es una instancia que corresponde dejar atrás, puesto que es terreno de los profesionales que se encuentran realizando la carrera psicoanalítica. Entonces, ¿por qué no apuntar a construir un espacio que conserve ese espíritu pero que dé acogida y sostén a los analistas jóvenes?

Si bien sin mucha preparación ni formalidad, y recién empezando a saborear esta ilusión, hicimos alguna mención a esta idea en aquel encuentro en Córdoba y el proyecto empezó a crecer poco a poco. ¿Sería tal vez una tarea a las que nos podríamos abocar las dos una vez finalizadas las formalidades primeras de la formación?

Cuando nos propusieron escribir para la revista *Devenir*, supimos rápidamente que lo escrito sería un paso más en la tarea de moldear nuestras ideas. ¿Por qué no escribir sobre este impulso que nos moviliza a conquistar nuevos territorios? ¿Nos ayudaría a ir definiendo qué queremos hacer y cómo poder materializarlo? Claro que sí.

Nuestra institución tiene una egresada más, ya miembro adherente, compañera de nuestra cohorte, además de nosotras. Es decir que todavía no hay un tramo prefijado sobre el que poder empezar a caminar. Así caímos en la cuenta de que este es un nuevo rol a construir en la identidad de nuestro grupo y de nuestra región particular. Una tarea más en el horizonte, de esas que otras instituciones asumieron allá lejos en el tiempo, cuando uno, dos o diez psicoanalistas obtenían sus membresías al interior de una naciente institución.

Entonces, decidimos escribir este artículo. Nos reunimos y empezamos a pensar qué implicaría armar un grupo de este tipo. En primer lugar, a modo de lluvia de ideas, una de nosotras expresó cómo se imaginaba lo que podría ser un

¿Encuentro de Analistas Jóvenes? Dijo: “Me imagino un espacio de psicoanalistas de hasta unos 5 a 10 años de recibir la membresía, con deseos de compartir en torno a los intereses, las preocupaciones y las experiencias clínicas. Que no tenga los vicios de la burocracia ni la verticalidad oprimente que suelen surgir, y que impiden la libertad de expresión y acción”. Y luego imaginamos dos encuentros anuales, presenciales o virtuales, compuestos de una mañana o una jornada con tres posibles momentos: uno teórico, otro clínico y el último teórico-clínico.

Nos imaginamos unos 10 o 20 integrantes como mucho. ¿Y ahora? ¿Cómo llegaríamos a los/las analistas jóvenes? Seguramente la vía de contacto serían las diferentes instituciones psicoanalíticas de Argentina, así como aquellos profesionales que hemos conocido a lo largo de los años en las participaciones de Mesa Argentina y que seguramente ya han concluido esta primera parte de la formación y que acuerdan en que este devenir psicoanalista es algo que no concluye nunca. Y al mirar

nuevamente al principio de la idea vemos que es mucho lo que está por hacerse.

Esta idea que hoy nos motoriza parte de la importancia que hemos encontrado en la propuesta realizada por Bolognini (2016) cuando fuera Presidente de la IPA, en lo referido a la cuarta pata del trípode de la formación. En dos entrevistas realizadas hace algunos años, se refería a la intervisión como una práctica normal y saludable, entre profesionales... que implica un proceso compartido entre iguales, de colaboración mutua y de elaboración.

Esto podría conectarse con lo que había mencionado unos años antes, frente a la pregunta qué le diría a los candidatos de hoy. En 2013, expresó: “En mi opinión, ser candidato y luego convertirse en analista es una buena inversión. Tal vez va a tener más dinero o menos que otros, más o menos éxito. Sin embargo, usted estará más en contacto consigo mismo. Esto le permitirá estar en contacto con otras personas. Por lo tanto, este proceso de integración es único” (p. 13). Hace referencia aquí al concepto de Bion (1962) de comensalía, según el cual hay un beneficio mutuo en el trabajo analítico. Este autor menciona que ambos participantes dependen uno del otro y que no hay daño para ninguno.

Para finalizar, esperamos que este escrito movilice a analistas jóvenes que quieran ponerse en contacto nosotras. Deseamos que se sientan convocados por nuestra propuesta y surjan nuevas ideas que puedan dialogar con las nuestras.

!!!Estaremos muy contentas de poder co-construir algo con ustedes!!!

Gracias *Revista Devenir* por esta posibilidad de dar a conocer nuestras inquietudes.

Bibliografía

- Cuppa, S. (2016). Entrevista a Stefano Bolognini, Presidente de la API. En <https://www.temasdepsicoanalisis.org/2016/01/31/entrevista-a-stefano-bolognini-presidente-de-la-api/>
- Bion, W. (1962). *Aprendiendo de la experiencia*. Paidós.
- Nader, V. (2013). Entrevista con Stefano Bolognini, 82 Presidente-electo de IPA, realizada el 22 de marzo de 2013, Basilea EPF - Gentileza de IPSO Journal 2013. Dra. Valeria Nader Presidente de IPSO (International Psychoanalytical Studies Organization), julio de 2011 julio de 2013. Instantáneas. Asociación de Psicoanálisis de Rosario. En <http://www.bivipsi.org/wp-content/uploads/25-Entrevista-a-Stefano-Bolognini.pdf>

DEVENIR

Grupo de Estudio Siendo Psicoanalistas

Coordinadora: Dra. Clara Nemas;

Integrantes:

Cristiana Coelho;

Graciela de Luján García;

Juan Manuel Landín;

Susana Merlo;

Nancy Moreno Dueñas;

María Pistani (SAP)

Marina Reizes

y Carolina Villavicencio Nava

La invitación que nos hizo el Claustro de Analistas en Formación a participar en esta nueva publicación “*Un mundo a descubrir*” nos llevó a pensar acerca del devenir psicoanalista, tarea que nos lleva inexorablemente a preguntarnos por nuestro mundo interno.

Esta propuesta se vincula con el trabajo que venimos haciendo gracias al estímulo de la Dra. Clara Nemas, quien nos convocó a pensar cómo se construye la mente del psicoanalista.

En el devenir, nos hemos encontrado con lecturas inquietantes que nos han confrontado y enriquecido en nuestro proceso de crecimiento como analistas.

Iniciamos este recorrido con la idea de interrogarnos acerca de cuál es el vínculo con nuestras emociones en nuestro

devenir psicoanalítico. Atravesamos tormentas emocionales, dudas, temores; nos relacionamos con teorías y con nuestras convicciones; y por qué no, con el placer en nuestra difícil tarea de analizar.

Es así como hemos ido construyendo un espacio de intercambio constante con analistas de distintas partes del mundo que, apasionados por su clínica, participan en la indagación y construcción de la mente y de la teoría analítica.

El grupo se denomina: *El proyecto de convertirse en analista*. Hemos trabajado desde entonces y lo seguimos haciendo. La metodología consiste en leer trabajos relacionados con el tema de la formación, preferentemente escritos por autores contemporáneos. Nos encontrábamos, y lo seguimos haciendo, viernes de por medio durante una hora y media y discutimos los artículos sugeridos. Casi siempre acompañados por referencias a materiales clínicos, experiencias personales y a veces libros u obras de teatro que eran evocadas por los artículos. La atmósfera ha sido siempre de libertad y disfrute de los encuentros. Se fueron desarrollando lazos de afecto y amistad entre los integrantes.

A lo largo de las entrevistas con los autores descubrimos la actitud de seguir preguntándose y pensando acerca de ellos mismos, su historia, su quehacer psicoanalítico, así como también nuevas motivaciones que los llevaron a esta tarea.

Conversar sobre estos temas fue generando un clima especial de intimidad y libertad en cada encuentro.

Queremos compartir ahora con ustedes momentos de esas entrevistas en las que los autores compartieron con nosotros “sus descubrimientos” y sus devenires ante la pregunta cómo es el proceso de convertirse en psicoanalista.

Horacio Etchegoyen

Tuvimos un fructífero encuentro con el Dr. Etchegoyen en diciembre de 2013, y lo comenzamos con una inquietud que nos preocupaba en ese momento, que en la formación psicoanalítica se estudian varias teorías. Nos manifestó que él se refiere más a la clínica, a lo que aparezca en el material, que interpreta de acuerdo con la clínica y no con sus teorías, aunque no deja de reconocer que las tiene. Nos aclara que él no piensa en teorías cuando analiza, que la teoría es algo que viene después, y que la clínica psicoanalítica es muy rica y muy compleja.

Con respecto a las condiciones para ser un buen analista, el Dr. Etchegoyen considera que por empezar debería tener la experiencia de un buen análisis personal. También debería estar más sujeto a lo que diga el paciente que a lo que le digan los objetos internos. Ser neutral, en el sentido de que cuando analizamos a un paciente, no nos deberían interesar situaciones de su mundo externo sino hacerle ver qué significa en su mundo interno tal situación o persona. Y en su encuadre mental, la idea de absoluta independencia de lo que el paciente piense o diga, el *setting* nos implica una actitud apasionadamente desinteresada.

Con relación a si se podría establecer la situación analítica en una psicoterapia psicoanalítica de una vez por semana, considera que sí se puede, aunque es más difícil; que es mejor el régimen de alta frecuencia de sesiones, porque el psicoanálisis por definición es lento, el cerebro se mueve lento, cambia lentamente, pero la actitud psicoanalítica es aplicable tanto a la alta como a la baja frecuencia, es decir que la frecuencia no tiene por qué cambiar el método, la actitud. Se puede decir que el método y la actitud son casi lo mismo. El método consiste en que yo piense en vos y no en mí mismo.

Virginia Ungar

Tuvimos oportunidad de entrevistar a Virginia Ungar, para ella ser analista es una construcción lenta que nunca termina.

Considera que las cualidades necesarias para este devenir analista se van adquiriendo, van creciendo con uno y se van modificando. Hay una en especial y es el interés por la otra persona, por generar un vínculo de confianza. Nos ha nombrado, también, la receptividad a todo lo que el paciente tiene para proyectar, lo bueno y lo malo, lo libidinal y lo destructivo; la disposición a pensar antes que actuar, a poder reconocer lo que llamamos contratransferencia en el marco de un proceso analítico y a poder ser responsable y trabajar con eso para evitar hacer una contraactuación.

A lo largo de su experiencia ha notado que es importante apostar a que esa persona con la que estás trabajando se va a poder desarrollar, esto no es un optimismo a ultranza sino que tiene que ver con la capacidad de sostén.

Todas estas cualidades no se ganan ni se obtienen para siempre, están todo el tiempo amenazadas de perderse por cuestiones ligadas a las circunstancias del mundo pero sobre todo al narcisismo de nosotros los psicoanalistas.

Maurizio Collovà

Conocimos a Maurizio Collovà (un italiano muy extrovertido y ameno) a través de su artículo “Por un análisis sostenible”. Nos resultó muy interesante poder hablar con él y cuando le preguntamos por el devenir analista fue directo al centro: “Siento que puedo darles un consejo a los jóvenes que creo fundamental: prestar atención a no dejarse colonizar dema-

siado pronto por la elección de una teoría que bloquea el proceso de conocimiento y que debe permanecer abierto a una escucha múltiple en espera de percibir una sintonía; como un modelo que se sienta como un buen vestido que ponerse y, sin embargo, tenga una perspectiva transitoria y nunca con una lealtad definitiva”.

A través de la entrevista nos fue sugiriendo las características que para él debe tener un candidato. Nos pareció interesante transcribirlas tal como él nos las diseñó:

A) La existencia de una buena permeabilidad emocional, o sea, mantener una actitud “de conversación” con las propias emociones, una ausencia de defensas excesivamente estructuradas que requerirían un trabajo analítico más prolongado y consistente antes de poder acceder a la perspectiva psicoanalítica.

B) La disposición para contener y entrar en contacto con las propias áreas de sufrimiento psíquico antes que con las del otro. Solo en un segundo tiempo podrá ser trabajada y desarrollada la capacidad de tolerar las identificaciones proyectivas del paciente.

C) Que pueda construir la capacidad de atender. Que exista un esbozo de capacidad negativa, saber atravesar la duda sin que sea persecutorio.

D) Un cierto grado de tolerancia a la frustración, que seguramente después del análisis personal debe poder seguir mejorando y desarrollándose.

E) También es importante escuchar y comprender con qué relatos el candidato logra organizar hilo narrativo de su propia vida y cómo afrontó los elementos traumáticos de la propia existencia.

F) Todos estos aspectos pueden ser construidos y mejorados en el análisis a través de frecuentar otros intereses no específicamente psicoanalíticos: libros, música, interés por la pintura, cine, intereses que provean un campo sensorial y metafórico para desarrollar la propia función alfa.

Y a propósito del continuar siendo analista, el Dr. Collova sugiere no aislarse, tener un grupo de referencia y continuar tejiendo la tela entre la clínica y la teoría de manera compartida. “Esta investigación creo que nunca debe terminar, la razón de esto radica en algo de lo que estoy convencido: *La mente del psicoanalista no puede ser considerada una invariante del campo.*”

Robert Caper

En el título de su artículo Caper plantea una pregunta que nos resultó muy interesante: ¿El psicoanálisis cura? En la entrevista tuvimos oportunidad de acercarnos a su pensamiento. Considera que hay una paradoja en el sentido de que lo mejor que uno puede hacer para ayudar al paciente es justamente no tratar de curar al paciente. Hace una analogía con el beisbol: cuando el lanzador intenta lanzar la pelota no tiene que pensar en un objetivo, sino permitir que su brazo haga el trabajo, no su cerebro. Tiene que confiar en los músculos del brazo. Y la analogía es que el analista no tiene que tener un objetivo en mente, pero sí la confianza en el inconsciente que está en interacción con el paciente. Y seguir esto, confiar en esto. Sin metas en mente.

Esto implica para el analista la capacidad de colocarse y sostenerse en un estado mental modesto, no creer que se puede moldear la mente de alguien, pero sí seguirla, acompañarla. Y esto no es tarea fácil ya que el analista puede estar

inconscientemente en sintonía con el estado omnipotente del paciente, es decir, en una creencia de que las intervenciones del analista son mágicas y que van a sustituir la capacidad del paciente para resolver los problemas por sí mismo.

Según Caper la función del analista es que el paciente sea capaz de entrar en contacto consigo mismo, lo que implica la integración de partes de su personalidad que en su momento fueron reprimidas o escindidas. Para esto es fundamental que el analista intente hacer el permanente trabajo de reconocer quién es quién, que es parte de la posición depresiva. No solo traer y reconocer en mí las partes que no me gustan, sino también saber qué no me pertenece o quién no soy yo. Y eso es algo que no es fácil, ¿este soy yo o eres tú? Y uno nunca puede estar absolutamente seguro, pero forma parte del camino para poder lograr una mente propia.

Este modelo que nos plantea nos resultó un modelo más real, más posible. No es hacer la intervención correcta en el momento correcto, sino que es un modelo que pensamos más cercano a lo que sucede en el consultorio, en el vínculo con el paciente.

Howard Levine

Tuvimos la oportunidad de entrevistar al Dr. Levine, de quien leímos su artículo “Creando analistas, creando pacientes de análisis”. Este artículo habla de la importancia de la identidad analítica y de su capacidad de mantener un marco interno durante el proceso de análisis. Considera que no hay un consenso general acerca de qué se trata esta identidad, pero cree que es una identidad basada en la subjetividad y la experiencia personal y será el resultado de una combinación única. A medida

que uno crece, uno se vuelve más y más analista, y el analista que hay en uno se vuelve más y más uno mismo. Y cuando uno puede ser lo más uno mismo que pueda y no mostrarse al paciente como un analista, es cuando mejor está trabajando.

El Dr. Levine considera que hay varias cualidades para ser y sostenerse como analista. Cree que debe existir una curiosidad por saber cómo funciona la mente de uno y de los demás, un deseo por explorarlo y que es necesaria cierta valentía para atravesar los distintos momentos que eso requiere. Menciona que ayuda ser inteligente, pero también hace falta un cierto nivel de honestidad porque a veces puede llegar a ser muy doloroso mirarse a uno mismo y aceptar lo que uno encuentra. Se refiere al concepto de capacidad negativa de Bion diciendo que un analista debe ser capaz de aceptar su ignorancia y no saber, sin sentirse irritado por no entender. No piensa el *enactment* del analista como un fracaso. A veces, esto posibilita la entrada de la transferencia negativa que de otra manera no hubiera aparecido y no hubiera podido ser trabajada. Por otro lado, también menciona que será importante ser capaz de sentir los temores del paciente. El temor que cada uno tenga con cada paciente va a tener que ver con la transferencia y la contratransferencia. Pero mientras más grande sea el repertorio de miedos que se pueden tener, más capacidad de recibir información y de comprender lo que siente el paciente.

Por otro lado, en este escrito, enfatiza que el proceso en un análisis responderá a las capacidades de la diada analítica, incluyendo capacidades nuevas o fortalecidas que pueden emerger como parte del trabajo de análisis. Tener esto en cuenta, permite al analista tener una mirada y un registro más amplio, pudiendo percibir al paciente no solo desde lo que trae sino también ser

capaz de percibir su potencial como un paciente analizable, como un paciente de análisis. En su artículo nos alerta sobre la posibilidad y la necesidad de acompañar a crear, en vez de solo descubrir, las capacidades analíticas en nuestros pacientes.

Osamu Kitayama

Esta entrevista fue vivida con mucha curiosidad ya que conoceríamos a un analista japonés, autor de *La fugacidad: su belleza y sus peligros*. Nos encontraríamos con un representante de Oriente que nos podría contar cómo es ser psicoanalista en Japón. En el artículo mencionado, el Dr. Osamu Kitayama describe distintos aspectos de la cultura y tradición japonesas a través de algunas expresiones artísticas: los cuentos, las pinturas Ukyo-e y la mitología japonesa.

Algunos rasgos característicos mencionados por el autor son la vergüenza y sentimientos de deuda y de culpa hacia la madre. En este encuentro, nos contó cómo estos sentimientos se presentan en el trabajo analítico con los pacientes.

En su análisis tuvo que enfrentar el dilema de ser músico o psicoanalista, el dilema entre lo no-verbal y lo verbal. Comenzó a leer Freud y sobre todo Winnicott, quien le hablaba acerca del jugar, y jugar podía ser la solución a su dilema; porque “jugaba” con la música (*play music*), y podía trabajar también con la ciencia.

Ruggero Levi

“Cuando tenía que ingresar a la universidad, yo estaba en dudas entre hacer Psicología o Medicina, al final empecé juntas Psicología y Medicina, pero me adapté

más a Medicina, pero siempre con el tema de estudiar a Freud. Entonces desde segundo año de Medicina hice un grupo de estudio de Freud. Ahí ya estaba el interés por el mundo interno, por los conflictos psíquicos, por los intentos de resolución de conflictos.”

“Yo pienso que uno de los criterios de evaluación de ingreso a la formación analítica, debería ser justamente ese interés del sujeto por su vida psíquica, y esta gran motivación para estar en contacto con la vida emocional, de uno y del otro. Y tener una estructura psíquica para no desarmarse en esta trayectoria.”

Para finalizar, en palabras de Clara Nemas:

“El contexto y las circunstancias del quehacer analítico cambian. Qué es lo que se mantiene, qué se pierde y qué se transforma en la teoría y en la práctica a través del tiempo; estas son preguntas para las que cada generación de psicoanalistas necesita buscar una respuesta”.

Los invitamos a recorrer nuestro blog *siendopsicoanalistas.blogspot.com* donde encontrarán estos autores y más entrevistas en las que exploramos el devenir psicoanalistas.

